

# CENIT

*sociología*  
*ciencia — literatura*

Sumario

Redacción: Notas de actualidad.—A. L.: Debate en Londres sobre el comunismo icariano.—**Tom Brown**: ¿Tradeunionismo o radicalismo?—**Federica Montecary**: Emilio Zola, o el valor de la inteligencia.—**A. G. B.**: Anarquismo.—**Luce Fabbri**: El anticomunismo, el antiimperismo y la paz.—**Dr. Paul Voinel**: El enigma del sexo. La crítica.—**Camilo Berneri**: Los daños físicos de la abstinencia sexual.—**J. Coll de Gusano**: El humor, ese buen amigo.—**Mary Burnet**: Economía y éxito de natalidad.—**Pedro Sastre**: Cómo organizar al camésino.—**Angel Samblancat**: El mundo Lulio.—**Campio Carré**: El drama del hombre y de la literatura.—**Juan d'Agramant**: Una sociedad deshumanada.—**Germen**: Documentos históricos: «La C.N.T. en la revolución Española».

bre  
52

22

REVISTA MENSUAL



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

Puerta de Istar, en Babilonia. Ensueño del Próximo Oriente. Arte primitivo en añoranza del Nirvana.

Sobre el lacerado dorso de millones de esclavos de distintas y trágicas épocas, pasaron las enormes—y a veces poetizadas—piedras que edificaron a las antiguas civilizaciones. Dios y el Amo exigían suma de reverencias, y la multitud, sufrida y reverente, se postraba a sus pies. El soplo de los siglos redujo el dolor a leve recuerdo, pero las piedras quedan. En pirámide, en acrópolis, en castillo, en palacio, en mezquita. Arte robusto unas veces, inteligente o ingenuo otras. Un frontal recatado de alcázar suele amagar una sinfonía de columnas, gráciles y ligeras, magnificando la limpidez del bosque. Una fachada catedralicia, copia siempre, en bóvedas atrevidas y altaneras, los altísimos túneles en follaje concebidos por el genio de los germanos.

Aceptemos el rasgo del príncipe que envolvió el túmulo de la amada fallecida, con un palacio de nácares y pedrerías, y, una vez terminado, ordenó a su arquitecto señalando el motivo del templo erigido: «Quítame eso.»

## LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA  
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Peirats, Ferrer, F. Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año II

Toulouse, Octubre 1952

N.º 22

## Notas de actualidad

13 DE OCTUBRE. 43 ANIVERSARIO DEL FUSILAMIENTO DE LA ESCUELA MODERNA

**S**IENDO la primera vez que se dice eso, se interpretará que deliberadamente incurrimos en blasfemia. Y sin embargo, fusilando a Francisco Ferrer Guardia, la reacción consiguió fusilar a la obra eliminando a su hombre.

«¡Lograron abatir tu cuerpo, pero tu ejemplo será imperecedero!», clamamos con insistencia inútil. En el mundo, el progresismo se produjo en imponentes manifestaciones de dolor y de ira y el trapo rojigualda fué arriado y pisoteado en muchas capitales de Europa. ¿Y luego?

El cuerpo del animador, eternamente dormido en las orillas del Mediterráneo, no sirvió ya más que para recibir coronas. Nosotros... durmiendo quedamos el sueño más pésimo y culpable: el de los vivos. El estruendo protestatario extinguido, el interés por la obra quedó extinto igualmente, o poco menos. Escuelas racionalistas, poquísimas quedan en el mundo. Ni la pléyade de herederos del Maestro, los españoles en exilio, se han preocupado de instalar escuelas modernas, habiendo contado con niños, maestros y recurso pecuniario. Practicando trabajos rudos o luchando encarnizadamente con la miseria para desasirse de ella, por ahí se encuentran varias docenas de maestros calificados.

En París, cuna oficial de la Escuela Moderna, el comunismo ha terminado con ella invadiendo, con fines de corrupción logrados, las sedes del proletariado y los círculos literarios de avanzada. De la Bolsa del Trabajo de París el recuerdo de Ferrer fué borrado. Stalin por encima de todo. Desaparecidos Malato, Albert, Naquet y demás sostenedores de la obra ferrerista, Francia se ha reducido a cero en actividades escolares de la índole indicada.

En Bélgica se mantiene el calor ferrerista como un recuerdo estimable. La idea racionalista tiene su obelisco en Bruselas, sin mancha de idolatría, afortunadamente. Monumento realista, lo es la Universidad Libre que fundaran Gille y Reclus, subsistente todavía. En esa fuente bebió Ferrer Guardia, y que tan hermoso como fecundante manantial continúe manando. Es de lo poco afirmativo que queda.

En España existía, en 1936, escaso aliento escolar racionalista y la Escuela Nueva Unificada, conocida por C.E.N.U., fué, en cierto modo, la introducción discreta del racionalismo en la enseñanza oficial.

La victoria fascista del 30 de abril de 1939 debía terminar con la escuela nueva entronizando ampliamente el espíritu clerical en las aulas. Quedemos en la esperanza

de que el imperio de la intolerancia caducará en fecha no lejana. El progreso de la humanidad no admite otra solución que esa.

—O—

**O**CTUBRE 1934, en su día 6. Rebelión y martirio, drama de los mineros asturianos, enfrentados con todas las fuerzas negras de España. Las demás regiones, a pesar de vivir el mismo problema que Asturias—la asfixia del bienio negro—se retrajeron por incoherencia o por otros motivos. Resultado: una carnicería indigna, la furia de la Santa Inquisición desatándose, una vez más, sobre la carne del pueblo. Pero en 19 de julio aquella verde región cantábrica volvía a enrojecer bajo el fuego que se cruzaban esbirros y libertarios (hombres de libertad); el minero se empleaba nuevamente a fondo para derribar el infecto y arcaico edificio de la reacción a golpes de dinamita.

Lo de octubre pasó como estrella fugaz y quemante, como aquel 18 de agosto de 1917. Revolución popular la primera, pero limitada; revuelta justificada la segundo, pero artificial. Igual la del 8 de enero de 1933, entusiasmo y sacrificio de grupos, pero sin calor aún en la entraña del pueblo.

Por referencia histórica, parece que el ánimo español alcanza su punto álgido en los meses de julio, ya en el dintel de la canícula. Convicciones y necesidades son de todo el año, pero la pasión en julio se revela estallante. ¿Superstición? ¿Quimera? Los propios reaccionarios intentaron un golpe en 10 de agosto de 1932 y fracasaron estrepitosamente; pero en 18 de julio nos dieron tarea grave que hacer.

Y la cumplimos mejor de lo que la hubiésemos cumplido en diciembre. A pecho libre, sin coraza, sin pensamiento escondido, el hijo del pueblo sabe contender y abatir. Solamente la neorreacción infiltrada en la retaguardia consiguió detener el impulso luchador del héroe de la calle y del trabajo. Un castillo de ilusiones se había abatido, y las trincheras fueron cediendo.

La revolución antiinquisitorial de 1835 tuvo lugar en 25 de julio, y setenta y cuatro años después (1909), en tal día como aquél, la suerte se repitió sólo en Cataluña. En una y otra ocasión iglesias y conventos ardieron como para denunciar al cielo los pecados de sus ministros.

¡Fechas! ¡Qué caprichosas y convencionales son ellas! Y sin embargo, ¡cuán evocadoras!



# DEBATE EN LONDRES

## SOBRE EL COMUNISMO ICARIANO

I



N marzo de 1834, Etienne Cabet—procurador general en Córcega al empezar el reino de Luis Felipe—fué condenado por delito de prensa. Cabet figuraba entre los personajes dirigentes del campo republicano e hizo una violenta oposición a la monarquía de julio a través de su semanario «Le Populaire»—muy leído en los círculos obreros—, en sus folletos y en sus discursos en la tribuna y en la Cámara. El gobierno había exigido—y obtenido de la mayoría de la Cámara—la autorización de perseguir a Cabet a causa de sus artículos de «Le Populaire»; el proceso tuvo lugar ante el Jurado del Senado que le condenó a dos años de prisión. La ley autorizaba la conmutación de pena, de acuerdo con el interesado, de dos años de prisión por cinco años de destierro; Cabet escogió el destierro.

Cabet partió para Bélgica, de donde fué expulsado el 14 de abril junto con una treintena de extranjeros (Amédée Saint-Ferréol: «Les proscrits en Belgique», París, 1871. Página 36): alemanes, italianos, franceses y poloneses, y dos días después llegó a Londres. Durante los cinco años de permanencia en Londres escribió su «Voyage en Icarie», impreso en 1839, anónimamente, bajo otro título y en edición limitada; pero en enero de 1840 el libro fué publicado en París, esta vez con el nombre del autor. Tras sus cinco años de exilio, Cabet volvió a Francia en abril de 1839.

En Londres Cabet había estado en contacto con muchos emigrantes franceses—entre ellos los jefes de la «Société des Droits de l'Homme»—y el mismo año de su retorno, la emigración de Londres fué fortificada tras la insurrección fracasada del 12 de mayo de 1839, que condujo a la cárcel a Blanqui y a Barbès.

Entre los emigrantes se encontraban también varios alemanes que formaban parte de la organización secreta del «Bund der Gerechten» (Liga de los Justos) de la que muchos miembros habían participado en la revuelta de la «Société des Saisons». Algunos de ellos fueron condenados a prisión, otros fueron expulsados, entre ellos Karl Schapper. Como estudiante, este hijo de Pasteur había participado en una acción revolucionaria en Francfort (1833) y había huido a Suiza en enero de 1834, donde se incorporó a la «expedición de Saboya» de Mazzini; después de la cual se convirtió en miembro de la «Joven Alemania», sección alemana de la «Joven Europa» de Mazzini. En el mes de agosto de 1836 vino a París, donde se afilió a la organización secreta alemana «Bund der Geächteten» (Liga de los Desterrados), fundada en 1834. Dos años después tuvo lugar una escisión y una nueva sociedad fué fundada: «La Liga de los Justos».

Aunque todo lo concerniente a la escisión sea todavía un poco nebuloso, la causa principal se encontrará en la oposición de muchos miembros contra la dirección secreta y autoritaria de los «Desterrados» y no en el contraste entre las tendencias sociales y las tendencias exclusivamente republicanas (como se ha visto siempre a través de la documentación relativa al caso. Weitling—que ha hablado por otra parte de la «Bund der Gerechtigkei»—ya ha menciona-

do esto en sus memorias y los materiales de los archivos—divulgados de tiempo en tiempo—lo confirman). Estas organizaciones republicanas compuestas de intelectuales y de artesanos alemanes se habían desarrollado bajo la influencia de organizaciones francesas revolucionarias y republicanas con las cuales estaban en relación.

Al principio, las «Palabras de un creyente» de Lamennais, influenciaron profundamente (en el año de publicación (1834) tres traducciones alemanas diferentes vieron la luz) a la organización alemana, pero las ideas habuvistas tuvieron también allí su eco ideológico (el Comité secreto de Buonarroti tuvo posiblemente contactos con la organización alemana, y Buonarroti trató de sustraer a ésta de la influencia de Mazzini y de su «Joven Europa»). Fué sin embargo el joven obrero Weitling—admitido en 1835 entre los «Desterrados»—quien expuso en 1838, a demanda del Comité Central de los «Justos», la forma por la que la comunidad de bienes y la igualdad podrían ser realizadas: «L'Humanité, telle qu'elle est et telle qu'elle devrait être» («Die Menschheit wie sie ist und wie sie sein sollte»). En 1846 apareció una segunda edición en Berna. Una traducción noruega y húngara aparecieron en 1840, fué impresa anónimamente y clandestinamente en París en 1838.

Como Lamennais, Weitling basábase en los principios cristianos, pero recurrió a la moral y a la voluntad para transformar la sociedad; fué una ruptura con las ideas puramente republicanas. Ciertamente Weitling no ha contestado tampoco a la pregunta de cómo realizar la sociedad comunista, cosa que estuvo en debate durante diez años.

La emigración y la proscripción—especialmente la de Londres—jugó un papel esencial en el origen y desarrollo de las ideas socialistas y del internacionalismo en el movimiento obrero durante los tres decenios que precedieron a la fundación de la Primera Internacional. Desde principios de 1830 los emigrantes de Londres tomaron contacto mutuo, y a partir de 1837 entraron también en relación con las organizaciones owenistas y cartistas: en adelante, encontraremos en Londres reuniones comunes y organizaciones de carácter internacional.

Mazzini, expulsado de Suiza, estuvo desde 1836 en Londres. El mismo se mantenía un poco al margen, pero los italianos mantenían una relación íntima con la «Sociedad Democrática Polonesa», con la cual organizaron asambleas comunes. En 1837 tuvo lugar un banquete para conmemorar la «Hambacher Fest» (1832), al cual asistieron poloneses, franceses, alemanes e italianos y en donde se creó una «Reunión de Refugiados Políticos». Los republicanos alemanes habían ya establecido relaciones estrechas con la emigración polaca de Alemania y más tarde en Suiza y en París.

A su llegada a Londres, Karl Schapper se ocupó en la organización de los clubs de emigrantes alemanes. El 7 de febrero de 1840 fué fundada la «Sociedad de Educación Obrera» (la organización continuó existiendo hasta la primera guerra mundial, pero cambió frecuentemente de nombre), que en los años siguientes se convirtió en centro político no sólo para los alemanes sino también para los demás emigrados de Londres. Joseph Moll (relojero de Colonia; miembro de «Los Justos» en París y uno de los jefes del «Kommunistenbund», muerto durante la insurrección de



Baden, en 1849), y Heinrich Bauer (zapatero), miembro de «Los Justos» en París. Después del motín del 12 de mayo permaneció en París. Estaba en comunicación con Weitling cuando éste se encontraba en Suiza. Bauer fué detenido por inculpación de propaganda comunista y el 16 de marzo de 1842 fué expulsado de Francia. Por consiguiente, no es uno de los fundadores de la «Arbeiterbildungsgesellschaft», en 1840. Fué uno de los jefes del «Kommunistenbund» y partió más tarde para Australia. Eran con Schapper los dirigentes. Dentro del cuadro de la organización pública de la «Bildungsgesellschaft» constituyeron el grupo londinense de la «Liga de los Justos» (probablemente, Schapper devino miembro de la «Liga de los Justos» en 1838) y estaban en relación con las organizaciones de la Liga en París y Suiza. El Comité Central continuaba teniendo su sede en París desde 1840, bajo la dirección del doctor Hermann Ewerbeck, médico de Dantzig y partidario de Cabet, mientras que Weitling desplegaba una gran actividad como organizador y propagandista en Suiza. Publicó allí varios periódicos en los que los londinenses colaboraban. En 1842 Weitling publicó, merced al socorro financiero de trescientos miembros de los grupos de Lausana, Chaux-de-Fonds, Zurich y Ginebra, las «Garanties de l'Harmonie et de la Liberté», su obra maestra (segunda edición en 1845; una tercera edición, revisada, apareció en Hamburgo en 1849. Existe también una traducción noruega). La detención de Weitling, en Zurich, acabó con su propaganda en Suiza. Después de catorce meses de prisión y de internamiento, llegó en agosto de 1844 a Londres, donde tuvo lugar una gran reunión pública en su honor (22 de septiembre de 1844). Los oradores fueron Karl Echanger, el francés Chilman y el redactor del «New Moral World», el owenista G. A. Fleming.

El año siguiente, en la misma fecha, tuvo lugar una nueva y grande reunión internacional para conmemorar la fundación de la república francesa de 1792. Probablemente fué a iniciativa de Harney, uno de los jefes del ala revolucionaria de los cartistas y redactor de «Northern Star». Thomas Cooper fué el presidente de esta reunión, en la cual Weitling y Berrier-Fontaine tomaron también la palabra. Uno de los resultados de esta reunión fué la fundación, al final del año 1845, de la Sociedad de los «Demócratas Fraternos». Joseph Moll y Karl Schapper representaban el grupo alemán en el seno del comité.

Otra organización había sido creada un año antes: «The Democratic Friends of all Nations» de la que el polaco Luis Obersky fué presidente y Karl Schapper secretario. El primero y probablemente solo manifiesto del 20 de enero de 1845 («All men are brethren. An address to the friends of humanity and justice among all nations by the Democratic Friends of all nations». Londres) fué escrito, como tantos otros, por William Lovett y tenía como divisa: «All men are brethren». Esta divisa, que aparece por primera vez, fué también más tarde la de los «Fraternal Democrats» y la de la «Arbeiterbildungsverein». Cuando la «Liga de los Comunistas» fué fundada, esta divisa fué cambiada en «Proletarios de todos los países, unidos».

Los oradores franceses de las reuniones internacionales, Chilman (1) y Berrier-Fontaine eran miembros de un grupo

(1) Jacques Robert Frédéric Chilman nació en Lasson (Calvados). Comerciante-comisionista de oficio. Contaba 20 años cuando fué detenido, el 18 de marzo de 1834, en París, en relación con la preparación de la revuelta de los «Derechos del Hombre», y condenado en rebeldía a cinco años de prisión. Fué miembro del Comité de Defensa de los detenidos de Sainte Pélagie, que dirigió una circular a los abogados políticos para asistir a la defensa. Además de a todos los ilustres republicanos y socialistas, la invitación fué igualmente enviada a extranjeros como O'Connell de Irlanda; Mill, de Londres y Gendebien, de Bruselas. Chilman fué uno de los que se evadieron de Santa Pélagie durante el proceso y que se refugiaron en Londres. Después de la revolución de febrero figuraba entre los miembros más activos del «Club de la Révolution», el club de Barbès.

de comunistas franceses en Londres: la «Société Démocratique Française». Se sabe poco del nacimiento y de la actividad de esta organización.

Posiblemente existió ya en 1837 bajo el nombre de «Société des Droits de l'Homme», que como tal formó parte de la Reunión de los Refugiados Políticos. Las ideas políticas de la «Société Démocratique Française» nos son conocidas por un informe publicado en 1840. Durante la sesión del 4 de noviembre de 1839, uno de los miembros fué encargado de hacer un informe sobre la pregunta: ¿Cuáles serán las medidas más urgentes a tomar y los medios a emplear para situar a Francia en la vía revolucionaria el día siguiente de una insurrección victoriosa? Este informe fué presentado en la sesión del 18 de noviembre de 1839. Para mejor debatir la pregunta principal, es decir, los medios para llegar al establecimiento de la comunidad, fueron planteadas las siguientes:

1. ¿Habrá que crear un gobierno provisional?
2. De establecerse, ¿de cuántos miembros deberá componerse?
3. ¿A qué hombres deberemos confiar la responsabilidad?
4. ¿Cuál deberá ser la forma de elección de los miembros de ese gobierno?
5. ¿Cuál será la orientación de dicho gobierno?
6. ¿Qué duración debe tener?
7. ¿Cuáles serán los mejores medios para dirigir la opinión pública?
8. ¿Hay que crear un ejército llamado «revolucionario»?
9. Los directores de la nación, ¿deberán nombrar ellos mismos a los empleados públicos?
10. ¿Cuáles deben ser los primeros actos del gobierno?
11. ¿Habrá que dejar al gobierno la facultad de actuar como él entienda a causa de la salud pública o habrá que colocar a su lado una autoridad que tenga por misión controlar sus actos?
12. ¿Qué habrá que hacer para el ejército?
13. ¿Cuál deberá ser la actitud de la república ante los gobiernos extranjeros?
14. Las recompensas a otorgar a los ciudadanos, ¿deberán ser materiales o morales?
15. ¿Cuál debe ser la organización del trabajo y de los trabajadores en general?
16. ¿Habrá que ocuparse inmediatamente de la aplicación de un nuevo sistema de educación pública? ¿Qué sistema?
17. ¿Dentro de qué límites habrá que concebir la libertad de prensa?
18. ¿Cuáles serán los mejores medios a emplear para procurarse el dinero necesario para los gastos públicos?

El autor del informe es desconocido, pero por las respuestas a estas 18 preguntas está bien claro de que se trata de un programa babuvista. Durante la sesión del 14 de septiembre de 1840 el informe fué aceptado, impreso en el mismo año y distribuido en Francia. El secretario de la «Société Démocratique» era Camille-Louis-Berrier-Fontaine, secretario en adelante del comité central de la «Société des Droits de l'Homme». Detenido en marzo de 1834—contaba 29 años—evadióse de la prisión de Sainte-Pélagie el 12 de enero de 1835 con 28 acusados más antes de finalizar el proceso de los Derechos del Hombre ante la Audiencia de París. Se refugió en Londres y fué condenado en rebeldía a la deportación. En Londres se convirtió en uno de los amigos de Cabet que, después de su retorno a París, cuenta con él para la propaganda icariana en Inglaterra. En marzo de 1841 el periódico de Cabet, «Le Populaire», empieza a aparecer de nuevo como mensual; la doctrina icariana es



expuesta también en los múltiples folletos que son—como «Le Populaire»—enviados a Londres (Cabet envía a Londres su «Etat de la question sociale en Angleterre, en Ecosse, en Irlande et en France», aparecido en junio de 1843, con esta dedicatoria: «A la Sociedad Democrática Francesa en Londres»). Este ejemplar se encuentra actualmente en la biblioteca del «Instituto de Amsterdam»). Berrier es muy activo en la emigración londinense; funda una Sociedad de Beneficencia; abriga proyectos para un periódico, y con esta preocupación se pone en contacto con Louis Blanc y Pierre Lerroux. Pero para Cabet lo más útil es «Le Populaire», e insiste acerca de Berrier para que haga todo lo posible para el periódico y para hallar a algún comunista rico.

«La Société Démocratique Française» estaba en relación con el grupo alemán; muchos de sus miembros asistían a las reuniones de la «Arbeiterbildungsverein» que se reunían cuatro veces por semana en el «Red Lion» de Windmill Street. El martes por la noche se trataba sobre política; los mismos franceses se reunían todos los lunes. Parece que en 1847 la «Société Démocratique» se unió formalmente a la «Arbeiterbildungsverein». Es cierto que en 1843 los dirigentes de ésta eran miembros de la organización comunista francesa.

Sin duda el grupo alemán ha sido influenciado por el comunismo icairano. El grupo parisién «Les Justes» se transformó en cabetista merced a la influencia del doctor Herman Ewerbeck, partidario de Cabet y que más tarde trajo al alemán su «Voyage en Icarie».

Cuando el proceso de los comunistas en Toulouse, el grupo alemán de Londres envió a Cabet una carta en la que decía:

«Después de más de cuatro años que combate usted tan valientemente por la verdad, le admiramos... Ya ha acudido usted a Toulouse para defender a nuestros calumniados correligionarios. Aunque seamos alemanes, creemos que nuestro deber es darle las gracias por sus desvelos y declarar nuestra entera adhesión a la doctrina icairiana... Podemos también declarar, sin temor a ser desmentidos, que los comunistas alemanes, como sus hermanos franceses, son partidarios de la propaganda pacífica y que no han pensado nunca emplear la fuerza física para hacer triunfar sus principios; pues saben muy bien que la verdad y la justicia no reinarán por la fuerza de las bayonetas, sino solamente por la fuerza de la razón... Dentro de breves días los alemanes tendrán también su proceso comunista en Suiza (se trataba del proceso de Weitling. Detenido la noche del 8 al 9 de junio de 1843 en Zurich, fué condenado, tras dos procesos, a diez meses de prisión. Expulsado el 21 de mayo de 1844 de Suiza, llegó a Londres vía Hamburgo en agosto del mismo año, conducido de prisión en prisión a través de Alemania), y estamos contentos, pues nuestra doctrina ganará siempre con la publicidad. (Este fué el caso, sobre todo gracias a la publicación del informe de Bluntschli, que publicó una gran parte de los documentos encontrados en el domicilio de Weitling).

Esta carta, fechada en Londres el 23 de agosto se halla firmada por «varios centenares de comunistas», fué impresa en gran parte por Cabet en su folleto «Procès du Communisme à Toulouse», donde aparecen también muchas cartas del mismo género que había él recibido de Francia, Berlín, Lausana y Ginebra.

A. L.

En California, a mediados del siglo XIX, cuando allí no había carreteras, ni ciudades populosas, ni maquinaria; cuando los capitales eran insignificantes y el «squatter» habitaba una cabaña de tablas o ramaje, no había pobres, nadie carecía de lo necesario, se disfrutaba un verdadero bienestar. Hoy, San Francisco es una ciudad opulenta, que cuenta multitud de millonarios, donde el capital abunda y se acrecienta con rapidez pasmosa; y no obstante los jornales se han reducido en una mitad, y por aquellas calles alumbradas regiamente y bordeadas de palacios, por donde circulan a toda hora tantos lujosos trenes, arrastra sus tristezas y sus andrajos el proletariado, cada día más numeroso. En todas partes igual espectáculo: allí donde más abunda el capital, es también mayor la miseria. Véase Londres y París. ¿Es que los progresos de la civilización llevan consigo, por fatalismo, el pauperismo y la regresión social?

No; no está el mal en la naturaleza de las cosas; nace de un error humano, de un defecto de constitución, para el cual existe fácil remedio. Esa desigualdad exagerada no dimana de lo que llaman los economistas ley de los salarios, ni tampoco de la ley de la población: su causa está en la renta, que recoge el beneficio íntegro de los progresos económicos, para adjudicárselo al propietario, sin que el trabajador participe de ellos lo más mínimo, antes al contrario: a medida que la riqueza y la población aumentan, sube el precio de las subsistencias, y por consiguiente, la renta del usurero que especula con ellas, con lo cual la situación de éste se hace más holgada, al paso que empeora la del trabajador, cuya vida se hace más difícil, aumentándose y agravándose la miseria. Cuando en California la tierra arable y edifica-

ble se hallaba al alcance de todos sin más sacrificio que tomarla, no había que pagar renta a nadie y el cultivador hacía suyo el producto íntegro de su trabajo. Hoy, no; para tener acceso a los agentes naturales y a las primeras materias con que ha de dar cuerpo al trabajo de sus manos, no tiene más remedio que compartir con otro la cosecha, entregar a la renta todo lo que exceda de lo estrictamente preciso para sostener la vida física.

JOAQUIN COSTA.

¿Qué contenido idealista tiene ya la teoría de la conquista del Poder, la del parlamentarismo y del electoralismo, o aquella otra del simple contrato del «trabajo-mercancía» entre patronos y asalariados? El reformismo, sí, tiene su ideología, que la hizo propia, heredándola de la burguesía liberal y democrática, cuyo puesto ha tomado. Pero se trata de una ideología que ha dado ya cuanto podía dar; y hoy ha sido superada por los acontecimientos, por las aspiraciones crecientes de las multitudes y por el desenvolvimiento de los principios que ella misma había puesto sobre el tapete. No hablemos tampoco del comunismo bolchevique, que es una especie de salto atrás con método revolucionario, y más que revolucionario, violento, y que anularía los mismos progresos adquiridos a través de las revoluciones democráticas y nacionales y no tiene nada de ideal «comunista», en el sentido histórico, etimológico y popular de la palabra.

LUIS FABBRI.



# ¿TRADE-UNIONISMO O SINDICALISMO?

(Conclusión)

No sólo son impotentes los gobiernos con su policía y sus ejércitos de concriptos, sino que tales cuerpos como las milicias fascistas parecen niños exploradores frente a un levantamiento de la clase trabajadora. Yo conozco muy bien las mentiras esparcidas por los socialistas de TODA calaña, que en 1920, dicen, los fascistas italianos echaron a los trabajadores de las fábricas y después marcharon sobre Roma y asaltaron el Poder.

He aquí los hechos. En la toma de posesión de las fábricas en 1920, Mussolini y su milicia fueron de tal importancia que no vale la pena mencionarlos. Al objeto de ganar popularidad y entrar en la corriente, él habló y en su periódico «El Popolo d'Italia», escribió en defensa del asalto a las fábricas. Naturalmente, sólo con intención de traicionar seguidamente.

Solamente más tarde, cuando los trabajadores habían devuelto a los propietarios la posesión de las fábricas y volvieron a los métodos parlamentarios, la inevitable reacción y apatía dió a Mussolini esta oportunidad. La «Marcha sobre Roma» y su venida al Poder siguió en 1922. A fin de mantener sus mentiras, los socialistas de TODA calaña, no solamente torcieron todos los hechos e inventaron acciones, sino que saltaron la historia un par de años.

En Francia pasó más o menos lo mismo. Allí los trabajadores no del *todo* conscientes, habían llevado al Poder un Gobierno del Frente Popular apoyado por una mayoría de diputados liberales, socialistas y comunistas. El «Frente Popular» inmediatamente (en nombre del antifascismo, como la reacción italiana hizo en nombre del fascismo) empezó la reconquista de todas las mejoras de las huelgas, hasta que ellas desaparecieron.

## HOJA DE BALANCE

¿Qué éxitos y fracasos hemos de hacer remarcar de estas dos grandes huelgas?

En Italia, los trabajadores de la metalurgia evitaron una baja de sueldos, consiguieron un aumento y otras pequeñas mejoras.

En Francia, los trabajadores consiguieron un aumento de salarios y una semana de trabajo de 40 horas, triple paga por las horas extraordinarias y vacaciones pagadas.

En ambos casos estas ventajas fueron perdidas más tarde, porque los trabajadores, en vez de continuar confiando en sus propias fuerzas, confiaron en los políticos para complementar la victoria.

Pero también en ambos casos la derrota vino porque los huelguistas devolvieron a los patronos la posesión de las industrias en retorno de una concesión como un aumento de sueldo. La propaganda de la minoría sindicalista tuvo éxito sólo en parte.

No es el objetivo sindicalista el devolver a la clase patronal los medios de producción y distribución, sino de tenerlos en las manos de los trabajadores. Explotarlos por el principio de control de industria por los trabajadores. Distribuyendo a los trabajadores las mercancías de acuerdo con

sus necesidades; aboliendo el sistema de salarios. En una palabra, nuestro objetivo la expulsión en general de la Patronal, la expropiación de los expropiadores.

## 4. — EL CONTROL DE INDUSTRIA POR LOS TRABAJADORES

Este principio de control de los trabajadores causa desmayo a muchos—sino a todos—socialistas y comunistas. ¿Cómo pueden los trabajadores hacer funcionar la industria?—se preguntan.

Si los trabajadores no pueden hacer funcionar la industria, debemos examinar la utilidad de los otros, los capitalistas y los políticos. Empecemos por los capitalistas primero.

El capitalista es el propietario, el accionista o cuando menos, el accionista principal. Vamos a ver lo necesario que éste le es a la industria. La mayoría de los trabajadores no conocen a sus patronos, quiénes son y dónde están. Incluso cuando el nombre de uno de éstos aparece escrito sobre la puerta de la fábrica o sobre los artículos, la identidad del dueño aún aparece oculta, pues usualmente la persona que dió su nombre al establecimiento ha podido, desde hace tiempo, haberse sumergido por causas financieras. La Angus Watson Packing Company, de fama por sus «Skippers» y «Sailor Salmon», fué una vez dirigida personalmente por Mr. Angus Watson mismo. Hace aproximadamente veinte años, nuevo capital, la mayor parte americano, entró en la compañía y a Mr. Angus Watson se le dió un trabajo directivo nominal. Después de haber sido tratado como un chico de oficina, Watson se retiró protestando, pero su nombre todavía aparece sobre los productos de «Angus Watson and Co Ltd». Así podemos ir de una Compañía a otra. El verdadero patrón le es desconocido al trabajador.

Hace un par de años América nos dió un ejemplo bastante divertido del capitalista ausente. Una mujer rica que estaba muy encariñada con su perro Pekinés estaba preocupada que no fuera a morir antes que el animalito. Con objeto de asegurarle el medio de vida en caso de su fallecimiento, consultó a su abogado y a su bolsista. El resultado fué el traspaso al Pekinés de una gran cantidad de acciones industriales. Así el Pekinés se hizo capitalista. Hace unos cuantos años la misma cosa ocurrió a un chimpancé, y por lo que interesan, todos los accionistas podrían ser pekineses y chimpancés.

Una vez, discutiendo sobre el control obrero con un comunista de la metalurgia, planteé la cuestión de esta forma: Supongamos que tus patronos, los accionistas de la Compañía, están celebrando su anual conferencia en un hotel. La Luftwaffe aparece en el cielo sobre ellos; el hotel es bombardeado y los accionistas son volados en añicos. A la mañana siguiente, antes de empezar a trabajar, el maquinista lee la triste noticia. ¿Dejaría éste, sin patrón, de controlar la industria, olvidar su arte sobre maquinaria y el conocimiento sobre metalurgia? ¿Será incapaz ya por esto de leer



un micrómetro o un plano? El maquinista dió su respuesta en un tono de indignación.

### GOBIERNO PARA AFICIONADOS

Pero mientras que la mayoría de los socialistas estarán de acuerdo con nosotros en nuestra exposición sobre los capitalistas, ellos no confiarán la industria al trabajador. Para ellos es el político el que debe controlar la industria. Veamos en qué sentido es el político indispensable a la producción y distribución de la riqueza.

Toda industria requiere especialización, la división del trabajo. Así la industria moderna desarrolla problemas técnicos; todos ellos no pueden ser conocidos por un solo hombre. Los problemas de ingeniería pueden ser conocidos por un marino, o los problemas del farmacéutico no pueden ser desconocidos al minero. ¡Pero el político pretende conocer todo!

Los aspirantes a diputados irán a sus distritos electorales, de cien mil o más habitantes, presentándose a sí mismos a los trabajadores de autobuses, ferroviarios, tejedores, cocineros, maestros y a miles de otras profesiones u ocupaciones y pretenderán *representarlos* a todos. Si es elegido diputado votará sobre la cuestión de los mineros sin haber bajado a las minas ni una sola vez; hablará sobre leyes del mar sin haber visto un barco; hablará y votará (y forzará a los demás a ser de su opinión), sobre construcción, agricultura, madera, carretera, medicina, espectáculos públicos, educación y cientos de otros servicios, cada uno de ellos requiriendo toda una vida de estudio práctico.

No contentos con resolver los problemas de técnica en sus ratos de ocio en la cámara intervendrán en todo, desde el control de natalidad hasta el decírnos cómo pasar nuestras tardes del domingo. En una simple tarde cada año, dedicará unas cuantas horas a arreglar los asuntos de India, un subcontinente habitado por 400 millones de almas.

Si uno considera la composición de cualquier Cámara de Diputados, resulta ser un atrevimiento para ellos el intervenir en técnica, particularmente en todas las esferas de la técnica. Los grupos sociales dominantes en cualquier parlamento son los abogados, militares retirados, oficiales de la marina y directores de finanza de Compañías. Debido a que los diputados son sacados de distritos electorales mezclados sin miras a vocación alguna, es posible que un parlamento se componga de 615 ex oficiales del ejército o 615 abogados.

Si consideramos el Gabinete, el cuadro no es menos cómico. Un hombre no es nombrado ministro de Agricultura, porque tenga conocimientos del campo, sino por influencia política o comercial. Una vez el gobierno conservador nombró un ministro de Minas, cuya sola calificación parece era el ser un hacendado, cazador de zorras. Cuando contestaba a alguna pregunta los diputados laboristas respondían con los gritos «Yoicks!», «tally-ho!» y otros gritos propios de la caza. Cuando se formó el Gobierno laborista, sin embargo, un ex sastre cortador fué nombrado para el mismo ministerio.

### UN NUEVO PRINCIPIO

En vez del método de organización político o geográfico, los sindicalistas construyen sobre una base industrial. Tales bases son ahora la fundación de la futura sociedad y el embrión del control obrero.

Bajo el control obrero las minas serán dirigidas por los mineros y no por abogados políticos. Los mecánicos dirigirán las fábricas, los trabajadores del textil los telares, los ferroviarios, los ferrocarriles, y así sucesivamente, a través de todas las industrias y servicios.

Cada industria dirigirá sus propios asuntos, cada fábrica o taller, los suyos. Esto es completamente diferente a la organización política que aspira al derecho de gobernar todo.

Mas aun el método político está principalmente trazado para el gobierno de los hombres. El sindicato industrial es para la administración de las cosas.

Los partidos políticos nunca nos llevarán al control obrero. Forjando partidos erigimos barreras en el camino que conduce a ese fin; construimos algo que tendremos que derribar más tarde. Por otra parte, organizándonos industrialmente ahora, creamos una organización que más tarde podrá tomar la dirección de la industria y que, por tanto, no habrá que destruir, sino fomentarla.

De momento los trabajadores sindicalistas se organizan en los lugares de producción, buscando la unidad de todos los trabajadores en la fábrica o en cualquier sitio de trabajo, rompiendo todas las barreras de las uniones profesionales, de edad, de sexo, de grado de habilidad, especialidad, de chupatintas o manos negras. Unidos, los trabajadores de una fábrica de la metalurgia llegan a federarse con la federación del distrito de mecánicos, mientras cada federación de distrito manda su delegación a la Federación Nacional de los Trabajadores de la Metalurgia. Este método se lleva a cabo por cada industria y servicio; textil, transporte, fuerza, campesinado, distribución, sanidad, etc. Luego, todas las federaciones de industria unidas en la Federación Nacional del Trabajo.

Aquí tenemos una organización capaz de dirigir sus fuerzas a cualquier parte o a toda la industria, de forma que cualquier sección de trabajadores en huelga pueda recibir todo el apoyo (solidaridad industrial en vez de una misera subscripción) del resto de sus camaradas trabajadores. ¡Qué diferencia de la Trade-Unions, que no tienen conexión real las unas con las otras, y hacen subscripciones para los huelguistas mientras que constitucionalmente se esquirolean las unas a las otras; los ferroviarios contra los trabajadores de autobuses, mecánicos contra caldereros, mozos de cuerda contra otros!

Con el triunfo de la toma de posesión de la industria, tales organizaciones se hacen cargo de la producción. La rama de la fábrica dirige ésta, mientras que los asuntos de distrito de la fábrica son regulados por la federación de distrito; los problemas comunes de la industria, por la Federación Nacional de Industria, y la totalidad de la economía del país es coordinada por la Federación Nacional del Trabajo.

La mayor debilidad de la Trade-Union es la falta de un objetivo final, una razón suprema para su existencia. Cuando más, ella lucha por un aumento de sueldo o por una reducción del horario de trabajo. (en el peor caso deja de luchar). Pero un hombre batallador siempre tiene un objetivo. Tiene siempre a terminar la lucha victoriosamente por la derrota final de su enemigo, para así no sostener la acción por siempre.

Así, el definido objetivo del sindicalismo no es un aumento de salario, sino el control de la industria por los trabajadores. Cada acción de los trabajadores sindicalistas es un medio a ese fin. Cada huelga es un período de entrenamiento, una escaramuza antes de la huelga general social.

### 5. — LA LECCION ESPAÑOLA

Por una vez fué posible posible para los cínicos dispépticos decir con cierto agrado de convicción: «Todo esto es un hermoso sueño, pero es imposible». Ahora tenemos el ejemplo de las colectividades obreras españolas durante la guerra civil de 1936-1939. Ellas han probado la posibilidad y el poder regenerador del control de la industria por los trabajadores.

Al estallar la revolución fascista, la mayoría de los capitalistas y casi todos los terratenientes se fueron de la parte de Franco y abandonaron las industrias en la amplia zona donde los trabajadores habían triunfado. Muchas de las



grandes industrias eran propiedad de capitales extranjeros y en muchas de éstas también, los gerentes y directores desertaron.

En vez de ser paralizadas, las industrias recibieron nuevo impulso, pues los trabajadores y campesinos inmediatamente se hicieron cargo de la administración de la industria y de la agricultura. En las empresas socializadas, se eligieron comités de trabajadores, los parados se incorporaron al trabajo, los servicios mejoraron y dividendos y prebendas fueron abolidos.

Barcelona con Cataluña, siendo la fortaleza del Anarquismo, naturalmente, dió y mostró el empuje principal en el establecimiento de las colectividades. Los Sindicatos de Sanidad, Agua, Gas, Transporte y Espectáculos Públicos prosperaron inmediatamente en la dirección de sus empresas. Cinco días después de la insurrección, los trabajadores del arte rodado se hicieron cargo del sistema del transporte de propiedad británica. Dos días después, todos los daños causados por la lucha de calle habían sido reparados; 657 empleados fueron admitidos y los grandes salarios abolidos y usados para pagar pensiones a los sexagenarios.

Las tarifas de transporte en muchas líneas fueron reducidas, el tráfico aumentado y los talleres modernizados por la adición de nueva maquinaria. Los tranvías, autobuses, los dos metros y los dos funiculares fueron unificados en un sistema de transporte.

Después del triunfo de la reacción de Franco, los accionistas británicos del transporte de Barcelona se reunieron en Londres y se les aseguró por su presidente la espléndida condición de la industria y la satisfactoria condición financiera y teneduría de libros, después del control de los trabajadores.

### COLECTIVIDADES POR TODAS PARTES

A través de la España republicana, los tres ferrocarriles más importantes, pertenecientes a tres Compañías extranjeras, fueron unificados bajo un control de las uniones revolucionarias (C.N.T.) y de las trade-unions (U.G.T.).

El textil y la industria de la madera tuvieron éxito particularmente, pero incluso en los servicios más pequeños y organizados en no tan gran escala, se consiguieron mejoras. Los taxis llevaban la bandera roja y negra; los hoteles y restaurantes llevaban las iniciales C.N.T., y los camareros y limpiabotas con gran dignidad rechazaban las propinas. Los pequeños talleres de artesanos se unían para formar colectividades, como en el caso del Sindicato de Trabajadores de Óptica o ciertos peluqueros que volcaron sus recursos en una barbería de última moda y redujeron grandemente su horario de trabajo.

### LA TIERRA FERTIL

De todas formas, es la agricultura la que nos da el más inspirador ejemplo de socialización. La socialización de la tierra empezó en Aragón, después se extendió a Levante y a Andalucía, Cataluña y Castilla. Las colectividades fueron puramente voluntarias; cualquier campesino que quisiera quedar fuera, se le daba su parte de terreno recientemente adquirido.

Se hicieron mejoras técnicas inmediatas. Se adquirió nueva maquinaria y mejoraron los stocks, las tierras fueron cuidadosamente seleccionadas para la producción de la cosecha conveniente. Esto condujo a un aumento substancial de la cosecha a pesar de que una mayoría de los campesinos estaban en el frente. Incluso el Daily Worker, enemigo de la socialización en nombre de la «unidad democrática», admitió que en el segundo año de la guerra la cosecha había aumentado un 30 % a pesar de la pérdida de territorios.

En la distribución en el fruto del trabajo, el principio de

«a cada uno de acuerdo con sus necesidades» fué aplicado. Una pareja con niños recibía más que un matrimonio sin ellos; una familia grande más que una pequeña. En muchos pueblos la gente aprendió a vivir bien sin el uso de la moneda. A los enfermos y viejos se les atendía y la ayuda mutua tomó plaza de la fría caridad.

El Sindicato de Sanidad tomó con éxito la organización del servicio médico. En vez de una contribución individual, el doctor era remunerado por la Colectividad y atendía a todas las personas enfermas. Se formaron dispensarios y clínicas, incluso en las más remotas aldeas donde nunca habían existido.

Las casas de los propietarios se convirtieron en escuelas, guarderías de niños y «Casas de Reposo para la Vejez». Se tomaron grandes medidas en la educación entre una gente que nunca había conocido su gracia anteriormente. La historia completa de la socialización española está aún por escribir, pero a pesar de la traición de los políticos, el sabotaje de los atracadores armados comunistas y la victoria del fascismo, su recuerdo vivirá en la mente de los trabajadores de España, para que sea su inspiración en una nueva revolución española.

### 6. — REVOLUCION Y CONSTRUCCION

El sindicalismo es un movimiento mundial. La extensión y virilidad de este movimiento le ha sido ocultado a los trabajadores británicos por la prensa «laborista» y capitalista. La primera arma de la propaganda capitalista contra los anarquistas y sindicalistas fué lanzar insultos y mentiras; la segunda, el boycott de prensa, ha resultado más efectiva. Casi todos los periodistas y periódicos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, se niegan incluso a mencionar el sindicalismo.

No obstante el movimiento crece. En 1922, las federaciones sindicalistas de todo el mundo mandaron sus delegados al Congreso Mundial de Berlín y formaron la Asociación Internacional de Trabajadores.

España estaba representada por la C.N.T. (Confederación Nacional del Trabajo), la cual durante la guerra civil llegó a tener 2.500.000 afiliados e influenció grandemente a las Trade-Unions española y a los trabajadores desorganizados. De Francia vinieron los delegados de la C.G.T.S.R. (Confédération Générale du Travail Syndicaliste Révolutionnaire) y de Italia la ilegal Unione Sindicale Italiana. La poderosa C.G.J. mejicana y las uniones revolucionarias Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, Guatemala, Paraguay, Uruguay y Perú se afiliaron a la Internacional.

Para no llevar más lejos la fábula de que el sindicalismo es un producto de la debilidad latina, debemos mencionar las afiliaciones al movimiento, de Holanda, Noruega, Alemania y Suecia. El movimiento sindicalista sueco particularmente, la Sveriges Arbeters Centralorganisation, es viril. La S.A.C publica dos diarios y varios periódicos, mientras que una prensa especial y la Juventud Sindicalista, abastecen a la juventud trabajadora.

Afiliaciones posteriores llegaron de Austria, Bulgaria, Japón, Polonia (un desenvolvimiento rápido del movimiento desde 1936 hasta la alianza ruso-germana contra Polonia) y Portugal. En muchos de estos países el movimiento es ilegal ahora, pero vive. El sindicalismo puede preferir, pero no depender de una existencia legal. A la inversa de las Trade-Unions y el Partido Laborista, el sindicalismo no depende de las instituciones parlamentarias burguesas.

El mejor ejemplo lo ha dado la C.N.T. española. Formada en 1911, la federación ha vivido ilegal casi toda su existencia, sufriendo largas dictaduras de hierro y muchas represiones sangrientas. No obstante, en 1936 la revolución encontró a la C.N.T. más fuerte que nunca. Ahora, a pesar del triunfo de Franco, los sindicalistas españoles luchan por medio del sabotaje y la huelga.



# EMILIO ZOLA, o el valor del genio



ESTE año se cumplen cincuenta de la muerte de Emilio Zola, creador de la escuela naturalista.

En torno a este aniversario, la obra y la figura de Zola son evocadas por las mejores plumas francesas y extranjeras. Otra vez se resucita la vieja polémica que tantos ríos de tinta hizo gastar a últimos del siglo pasado entre las viejas—entonces—y las nuevas—entonces también—generaciones literarias.

Sin embargo, Zola no fué más que el popularizador de una tendencia que, iniciada por Balzac, tuyo ya en Stendhal una manifestación artística de inusitada audacia.

Más que la escuela, que la manera literaria, que la incorporación a la literatura de los dramas de la vida real, del vivir cotidiano, el mayor mérito de Zola estriba en que llevó a la novela la existencia de los bajos fondos, de los suburbios parisienses, de las minas, del campo. Y lo llevó sin idealizaciones al estilo de Sué o de George Sand: brutalmente, crudamente, con frases de burdel, y mentalidades de gañán, y sordidez, y miseria, tal como es la vida de la mina, de la taberna, del lupanar, del burgo campesino. Llevó a la literatura seres tal como los ha hecho la incultura, la miseria y el alcohol. Y tuvo además el valor intelectual de buscar las causas, de decir por qué Naná se prostituye

La Asociación Internacional de los Trabajadores nos llama a sus filas en la lucha mundial. Nuestra tarea es dura, no lo ocultamos, pero nuestro movimiento vale la pena de la lucha.

Los adversarios del Anarquismo nos dicen que no podemos obtener el Anarquismo de la noche a la mañana. Nosotros sabemos eso muy bien. Todo necesita construirse, pero la hora de la construcción es *ahora*. A medida que las sociedades decaen se va formando el embrión dentro de ellas de una nueva forma de sociedad; así, dentro del capitalismo, nosotros construimos la armazón del socialismo: los sindicatos.

De cada lucha y de cada jornada de trabajo debemos aprender cómo dirigir la industria y demás servicios. Debemos desarrollar la conciencia de clase, el conocimiento y la confianza de los trabajadores en sí mismos, hasta que la sociedad embrionaria reviente el cascarón del capitalismo. Como dice el preámbulo de la Internacional de los Trabajadores: «Organizándonos industrialmente, estamos formando la nueva sociedad dentro del cascarón de la vieja».

El mundo está en llamas. El mundo capitalista ha producido la guerra mundial. Las escuadras se hunden, las ciudades se convierten en polvo, los medios de producción y distribución son destrozados, millones de hombres, mujeres y niños son hechos pedazos o matados de hambre, la enfermedad amenaza tragarse a los supervivientes.

El capitalismo amenaza destruir a la sociedad misma, y la sola fuerza que puede salvar a la humanidad es el movimiento revolucionario de los trabajadores. Los anarquistas llaman a los trabajadores a la revolución sindicalista, la *Revolución Constructiva*.

MARC BRAUN.

y cómo los Rougon-Macquart se enriquecen; de describir el calvario de los mineros en «Germinal» y la derrota de Sedán en «La Débâcle».

Sus seres no son todos perversos, viciosos ni anormales. ¿Hay página más deliciosa ni más fresca que el idilio de Albina? ¿Hay figura más noble que la del Dr. Pascal? ¿Hay drama más profundo que el de esa madre y esa niña de «Una página de amor»? ¿Hay realidad más elevada, existencia de esfuerzo y de superación individual más ejemplar que la de la heroína de «La dicha de vivir»?

La obra de Zola nada pierde con la perspectiva. Quizá lo menos perdurable, lo más perecedero, es su obra doctrinal, aquella en que el novelista quiso hacer obra de sociólogo. Las Ciudades y los Evangelios tienen menos solidez, en su conjunto, son menos robustamente construidas que «La Taberna» y «El vientre de París». Y no obstante, «Lourdes» permanecerá, como visión crítica insuperable de la mascarada religiosa y del gran comercio católico. Y restará «Roma», por la delicadeza del drama de amor mezclado con la evocación grandiosa de la vieja ciudad imperial y papal.

Como escritor, la obra de Zola resiste victoriosa al tiempo; sigue siendo monumental. No fué quizá un creador de caracteres tan acusados como Balzac, como Dostoyewsky, como el viejo Dickens, pero de ella pueden extraerse unas cuantas figuras logradas y en su conjunto aparece como un esfuerzo de creación revolucionaria difícilmente superable.

Se le acusó de escribir mal, con desaliño, con descuido. Otra injusticia. Hay páginas de Zola admirables, dignas del mejor estilista. Evidentemente, no cincelaba, como Flaubert, que necesitó diez años para escribir «Salambó». Pero menos cincelaba Balzac, acosado por los acreedores, obligado a escribir folletones para poder comer cada día. Mas esos folletones fueron construyendo lentamente el edificio grandioso de «La Comedia Humana». Tampoco cinceló Dostoyewsky, que conoció el hambre en su destierro berlinés y que escribía para aplacar y distraer las llamadas furiosas de su estómago; así su obra semeja el alarido de una bestia herida. Sin embargo, pocos escritores poseen una obra tan unida como Zola, cuya línea haya conservado una recta ascensional con tan pocos quebrazos.

\*\*\*

Y si dejamos a un lado el escritor y nos referimos al hombre, de Zola puede decirse que tuvo el valor que raras veces asume la intelectualidad. La famosa «inteligencia» de los italianos no siempre se significó por la entereza, por el valor cívico. En Zola sí. ¿Quién ha olvidado el célebre asunto Deyffrus, el enorme escándalo levantado en torno a la condena injusta de un capitán de origen judío, víctima de las intrigas de los jesuitas?

Fué la voz de Zola la que se elevó estentóreamente con ese célebre «Yo acuso», que quedará como uno de los grandes documentos históricos. Y no se puede decir que lo hubiese hecho por un prurito publicitario. Zola era ya conocido; era ya el escritor francés que más vendía, cuyas novelas alcanzaban tirajes fabulosos para la época. Su actitud en el «affaire» Dreyffus fué la actitud del valor intelectual, de la dignidad individual, sublevada ante la injusticia y



movilizada a favor de una víctima. Como se movilizó Voltaire a favor del infortunado Calas, como se elevó la voz del viejo Víctor Hugo a favor de Luisa Michel y de los comunistas.

Zola tuvo del apostolado de la pluma la concepción caballerescas que hoy ya casi ha desaparecido. En una época en que el libro y la prensa eran todavía armas relativamente libres, supo poner su nombre y su firma prestigiosa al servicio de una causa perdida. Y por él se ganó, la verdad resplandeció y el inocente fué devuelto a la libertad y la vida.

Quizá el resultado del «affaire» y la evidenciación de la enorme influencia de la prensa, contribuyó más tarde a que los grandes trusts periodísticos se multiplicaran, a que cada día se haya ido reduciendo el número de los periódicos... y de los periodistas independientes.

Pero en ese fin y comienzo de siglo, en que el «affaire» apasionó al mundo entero, Zola encontró tribunas que le acogieron. No toda la intelectualidad francesa tomó partido por Dreyffus y contra la Iglesia y el Ejército. Hubo muchos, timoratos o circunspectos, que se abstuvieron o que acordaron al «affaire» una atención ligera, considerándolo asunto político, escándalo sin verdadero alcance simbólico. Y sin embargo Zola vió justo, al juzgar el «affaire» Dreyffus como una batalla de capital importancia para la libertad religiosa y política, haciendo del caso un «casus belli» entre el Ejército y la opinión liberal francesa. Y porque el «affaire» se ganó, la batalla ganada por el espíritu cívico contra el espíritu militar de casta y la influencia católica, dió un golpe rudo a cualquier veleidad de intromisión de los militares y de la Iglesia en la vida social y política de Francia. El «affaire» Ferrer en España fué otro «casus belli» entre el Ejército y el pueblo. En España no hubo un Zola que pudiese salvar a Ferrer de la condena a muerte dictada contra él, no en el Consejo de Guerra de Barcelona en octubre de 1909, sino en una reunión de generales celebrada en el Centro del Ejército y la Armada de Madrid en septiembre de 1906, después del atentado de la calle Mayor. Y por ello fueron posibles la dictadura de Primo de Rivera, y de Franco, y la insolencia de Weyler, y los crímenes de Anido y Arlegui. El «affaire» Rizal y el «affaire» Ferrer son nuestros «affaires» Dreyffus, perdidos por el espíritu liberal de España porque en España no hubo un Zola, universalmente conocido y reconocido, que los plantease. La inteligencia no tuvo el valor de enfrentarse con la fuerza. Por esto la fuerza pudo imponerse a la inteligencia, desterrar primero, secuestrar después a Unamuno, asesinar a García Lorca, exiliar a Altamira, a Reparaz y a Machado, entre mil más.

Hay incidentes históricos que deciden a veces de la historia. Y hay momentos en la vida de los pueblos en los que la presencia de un hombre tiene capital importancia. Un hombre no es más que una unidad. No hay hombres providenciales, pero sí hay hombres simplemente, que encarnan el espíritu de una época, que le imprimen su sello y que hacen que la época viva o muera por ellos o a través de ellos.

Zola fué un momento de Francia, como lo fué Víctor Hugo, enfrentándose con Napoleón III y denunciando sus crímenes, como lo fué Jaurés en 1914, sacrificado para que no pudiese impedir la guerra.

Y cuando un hombre llega a personificar un momento de

la historia de un pueblo, hay que reconocerle un valor moral, una fuerza de representación de singular potencia.

\*\*\*

A veces el azar—ese conjunto de circunstancias felices o desgraciadas que deciden de nuestra vida—tiene caprichos singulares. ¿Queréis más singular capricho de ese azar—traducción árabe del viejo Destino griego—que hacer morir a Zola, todavía en plena producción y en plena gloria, de la más banal de las muertes? Un escape en la calefacción a gas con que se calentaba su cuarto, se llevó en una noche, pasando del sueño a la muerte, al hombre más célebre de Francia en aquel momento. El mismo azar que precipitó a Curie bajo las ruedas de un carro, que lanzó a Verhaeren bajo una locomotora en la estación de Bruselas, que sumergió en el mar encrespado a Shelley, su frágil barquita y su libro de poemas, y que hizo morir de disenteria a lord Byron en Grecia.

Esta muerte privó a las letras francesas y al pensamiento mundial de un valor que no ha sido sustituido. Otros escritores, en Europa y en América, por no citar más que los continentes cuyas literaturas conocemos, han surgido. Pero que atesoren cuanto en Zola se reunía, no.

Que fuesen escritores e idealistas, que creasen mundos morales y aspirasen a transformar el mundo social, pocos hay de la envergadura y la riqueza espiritual de Zola. No discutamos el infantilismo de sus ideas sociales, impregnadas aún de fourierismo y de saint-simonismo, pero en las que hay una preocupación constante de felicidad y de justicia para todos.

En la boca de sus personajes, en la ficción novelesca, como en la suya propia, como periodista y como crítico—fué además un ensayista excelente, de singular originalidad y penetración—se emitieron pensamientos de una audacia y de una justeza admirables. En algunos de sus personajes—el «Guillermo», de «Paris», el héroe de «Germinal»—se percibe la influencia del anarquismo en la vida francesa, en unos días en que Mme. Séverine recibía en su salón a los anarquistas rusos exilados junto a los millonarios americanos, los snobs ingleses y los Grandes Duques eslavos. En la lucha por el «affaire», Zola estuvo en contacto con todos nuestros compañeros, que le prestaron su concurso, como Zola jamás lo negó en la campaña de protesta por los martirios de Montjuich, por las represiones sangrientas contra el proletariado francés a últimos y principios de siglo.

Ese intelectual tuvo siempre el valor y la curiosidad de la inteligencia; la solidaridad también, y el sentido de la justicia.

Por esto hoy, en que se celebra el cincuentenario de su muerte trágica, nuestra voz debe asociarse a aquellas que evocan su figura, en lo que ella tuvo de mejor, de más humana, de más solidaria, en la exaltación de su valor como hombre, de su obra de artista y de su deseo de equidad y de mejora. No fué un místico, como Tolstoy. La raza era otra, el alma y el pueblo distintos. Pero fué un combatiente en esa gran cruzada por la justicia y la libertad que no podemos limitar ni empequeñecer dándole cauces, señalándole fronteras ni reduciendo su dimensión en el tiempo.

Federica MONTSENY.





# ANARQUISMO



AMPLIO aquí algunos conceptos sobre anarquismo ya esbozados en otras ocasiones, pero acerca de los cuales no me parece excesiva ninguna insistencia.

★

Todo lo que es intimidad, limpieza de ánimo, negación personal a la colaboración en tareas bajas y mezquinas, es anarquismo. Todo es superficial y exterior, todo lo ruidoso y gesticulante, por el contrario, está muy lejos de ser anarquista. Aunque esto último sea llamado anarquismo y haya quien niegue que aquello lo sea, no es posible la menor duda: lo primero está atravesado de inquietud acrática, henchido de sustancia acrática; lo otro no es más que vana palabrería.

★

Entre un grito y un pensamiento, la elección no es dudosa: encierra muchas más posibilidades de ser anarquista el pensamiento que el grito. Este, a lo sumo, podrá ser rebelde, pero no anarquista, que es cosa muy distinta. La confusión entre rebeldía y anarquismo ha llegado a un extremo rayano con lo inverosímil más aun que con lo absurdo. Se puede ser anarquista y rebelde, pero la rebeldía por sí no es obligatoriamente anarquista. En general casi todos los tiranos han sido grandes rebeldes. El grito, en último análisis, no es más que un desahogo. Y eso no basta. Para ser anarquista hace falta pensar. El grito es fácil, el pensamiento difícil. Ser anarquista no es una cosa fácil.

★

La grosería es algo reñido en absoluto con el anarquismo. Cuando advertimos que un hombre es grosero, ya estamos seguros de que no es anarquista. Podrá, acaso, llamarse tal pero no lo es. Quien no tiene limpio su ánimo de una cosa tan fea, mal puede vislumbrar los matices delicados de un ideal cualquiera. Mucho menos, del ideal anarquista, cuya base más honda, es ciertamente de esencia delicada.

★

Es muy necesario que los anarquistas sean cultos, pero primero que cultos, independientes. En el fondo de toda persona independiente, se encontrará siempre un anarquista. Aunque esta persona no lo crea ni esté de ello enterada. Si después de independiente se es culto, tanto mejor. Pero lo principal es la independencia. ¿Cuántos hombres de los que se llaman anarquistas son independientes? ¿Cuántos lo son sin llamarse anarquistas? Averiguar esto proporcionaría sorpresas imprevistas. Toda limitación es errónea. Cercar un campo caprichosamente

equivale a negar valor a quien puede valer más que los que, poco reflexivos, se aprestan a la tarea de alzar el cerco.

★

Todo libro que posea la cualidad de aumentar el caudal de sensibilidad humana, es un libro anarquista. Aunque en sus páginas la palabra anarquía no haya sido escrita ni una sola vez. En cambio, los libros secos, ásperos, fríos, ayunos de cordialidad, no importa que en cada una de sus líneas se lea la palabra anarquía, ni supuestas afirmaciones de anarquismo: en realidad, libros así no son anarquistas. Lo mismo que con los libros, con las palabras, con los hechos, con las acciones. Lo insensible no es nunca anarquista aunque se lo llame. Sin llamárselo, lo que ostenta riqueza de sensibilidad, sí lo es.

★

El anarquismo verdadero estará siempre descontento de lo que haya en su contorno.

Aspira continuamente a que los hombres y las cosas adquieran una superioridad mayor de la que posean. La anarquía estará perennemente, para este anarquismo, en el porvenir. Aun después de vivir acráticamente, ese anarquismo juzgará que su ideal no se ha realizado.

Más allá todavía; más hondo; más dentro. En su fuero interno, el anarquista que sostiene ese concepto del anarquismo vive ya ahora, hasta cuanto es posible, de modo acrático.

★

Cuanto más verdadero es el anarquismo, más abierto está a todas las corrientes culturales, gustoso de aportar, para la mayor consistencia de sus bases, fundamentos del más vario origen.

La estrechez, harto mezquina en que se desenvuelve cierta propaganda llamada libertaria, le es ajena, pues que de una cosa tan ilimitada como el anarquismo, trata de hacer algo reducido, pequeño, cercado. Esa propaganda dedica su actividad, casi por entero, a la investigación sociológica, y no siempre con hondura, investigación que es muy principal por cierto, pero no única. De psicología, ni una palabra; en todo caso, aprovechamiento de las más poco valederas doctrinas de esa ciencia. Nada tampoco de arte, o muy poco y este poco malo, toda vez que busca en el arte la tesis, lo antiartístico. Las aportaciones éticas, en general, superficiales, sin hondura ni consistencia. El estudio de las pasiones y los instintos en sus reacciones individuales o colectivas, absurdo de toda autoridad. No, el anarquismo tiene muy poca relación con ese género de propaganda.

★

Hace algún tiempo se habló de crear la extrema



izquierda del anarquismo. Aun dura nuestro estu-  
por. ¿Qué se quería decir con eso?

La verdad, nunca hemos acertado a explicárnoslo. Esa división en extremas derechas y extremas izquierdas nos ha parecido siempre ridícula en todos los partidos. Mucho más, naturalmente, había de parecernoslo en el anarquismo.

Se es o no se es anarquista y nada más. La derecha y la izquierda, en esto, no puede ser otra cosa que una simpleza. Las diferencias son temperamentales, culturales, pasionales, instintivas, pero no de otra índole. Y estas diferencias no se pueden catalogar en líneas tan limitadas como las que supondría esa limitación de los partidos políticos que se dividen en derecha e izquierda, división que, en realidad, nada significa.

Cada individuo que piense, que no sea un repetidor de pensamientos ajenos, puede tener un concepto muy diferente del de los demás, no sólo respecto del anarquismo, sino acerca de un sin fin de problemas. Puede haber, pues, una muchedumbre de conceptos distintos. Pero sería tarea vana, inútil y en extremo ridícula, pretender separar esos conceptos en compartimentos denominados con lugares comunes, como son esos de izquierdas y derechas.

★

Como el anarquismo se propone emancipar económicamente al proletariado, y en el terreno de la libertad a todos los hombres, aunque muy reducido número de éstos se preocupen de ser libres, su mayor contingente de partidarios ha salido de entre los trabajadores. Los cuales, muchas veces, han esgrimido el anarquismo como una teoría particularista y limitada. Error máximo.

Cuando las huestes proletarias obedecen las imposiciones — gustosamente admitidas — de caudillos que las sugestionan; cuando obran guiadas por frases y no por ideas, por palabrería superficial y no por meditación de teorías revolucionarias, por halago a sus instintos más bajos y no por impulso propio aunque también fuese instintivo, por elogio a sus más feas y ruines pasiones y no por virtud del fruto de una convicción personal guiadas, en fin, por una diversidad de factores sin ninguna influencia libertadora, sin ningún germen de grandeza ni de independencia individual, y acaban por ser, en realidad, una segunda parte de la burguesía,

teniendo y sosteniendo las mismas mezquindades que aquella, las mismas pasiones de dominio y de prepotencia, el mismo egoísmo de clase, y adoptando también sus tácticas de mentira y de hipocresía, de autoritarismo y de violencia, la verdad es que el anarquismo está tan distanciado de los proletarios como de los burgueses.

★

La burguesía es mediocridad, ramplonería y chabacanería. Si los proletarios ostentan iguales defectos, si no saben elevarse, a impulsos de un ideal, por encima de la adversaria, ni en ética, ni en sensibilidad, ni en limpieza de ánimo, el anarquismo les es tan ajeno a ellos como a sus explotadores. Si la idea de independencia, de libertad, de ser cada uno «un hombre», que es lo que más interesa al anarquismo, no les preocupa, ni les inquieta, ni les desazona, claro es que, con un proletariado así, el anarquismo no tiene ninguna relación.

★

Ciertamente, el anarquismo no es accesible para las masas ni para los directores. Solamente algunas individualidades, que entonces dejan de ser materia propicia para masa o para directores de masa, se elevan lo suficiente para alcanzar la comprensión de ese ideal, el más renovador de todos y el más alto. Los mandarines de multitudes, las multitudes mismas cuando sus luchas son mezquinas, viven tan lejos del anarquismo como los propios defensores y sostenedores de los regímenes actuales.

★

El anarquismo, por otra parte, es siempre el ideal de mañana. Utopista, lírico, imaginativo, ideólogo e independiente, lleva en sí todos los elementos creadores del porvenir, y en el porvenir, llevará aún los del futuro más lejano, y así siempre. Es su destino, magnífico, por cierto. El anarquismo, hoy y mañana, no es más que un ideal que se anticipa, que propaga en un medio hostil, formas de vida que vendrán más tarde.

A. G. B.

## Para los lectores de «CENIT»

En repetidas ocasiones hemos advertido a nuestros lectores que cada vez que se procedía a un cambio de dirección, era preciso adjuntar diez francos como pago del cliché que debía ser sustituido. Pocos son los compañeros que tienen en cuenta estas advertencias, sin comprender la mayoría que, siendo nuestros lectores un conglomerado un poco errante, los cambios de señas son tan frecuentes que desde el primer número de «CENIT» hasta el número 21, hemos tenido que renovar casi completamente los clichés iniciales.

Una vez más repetimos la demanda; «CENIT» no

es rica: es pobre y necesita que se le ahorren todas las cargas posibles.

Los suscriptores de «CENIT» encontrarán dentro de la Revista un «Mandat-Carte» para que liquiden sus cuentas antes de fin de año.

Los paqueteros lo encontrarán asimismo dentro del mismo paquete, con ruego de que liquiden lo que adeudan. Todo paquetero que deba más de dos números de «CENIT», debe considerar que anda retrasado de pago.

Se necesita un esfuerzo de buena voluntad, para que nuestra Revista viva y se supere cada día.



# EL ANTICOMUNISMO, EL ANTIIMPERIALISMO Y LA PAZ

## EL DOMINIO COLONIAL



En los tres tipos de imperialismo enumerados al principio de este tercer capítulo: el de conquista, el colonial y el económico, el segundo y el tercero, que pertenecen a la base capitalista de la historia, son transitorios, lo mismo que ésta, y se hallan próximos al ocaso. Pero si de las grandes líneas descendemos al detalle, vemos que esta portguerra está asistiendo a muchas supervivencias. Así perdura el beneficio capitalista, que parecía moribundo al principio de la guerra; así se mantienen las colonias, que durante la misma contienda parecían estar cortando rápidamente los vínculos que las unían a las metrópolis. Pero son supervivencias artificiales, debidas a circunstancias igualmente artificiales y efímeras. ¿No suenan extrañas, anticuadas, pavorosamente anacrónicas, las palabras de la Sociedad de las Naciones, pronunciadas ahora en las salas de reunión de las Naciones Unidas? Tan anacrónicas y anticuadas son las colonias. Si Inglaterra ya no está en la India y Holanda retira su pesada bota de Indonesia, el poder de Francia sobre el Asia es acremente discutido. El fin de las colonias es el fin de un incubo para la humanidad. Pero es un incubo que desemboca en otro más atormentador, de extensión mundial, sin evasiones.

La agonía del capitalismo y del sistema de los salarios y de los precios, la consunción de los imperios coloniales, la fragilidad de las fronteras, no son ya puntos de partida de una gran esperanza en marcha, como en la época en que eran lejanas utopías. Del mundo que muere no nace la paz sino la guerra; sobre las ruinas no impera la libertad, sino que trata de establecerse una forma inédita y terrible de esclavitud; las multitudes de productores organizados corren el riesgo de ver las fábricas transformadas en cuarteles o en campos de concentración, y a los patronos convertidos en gendarmes. La paz, la libertad, el socialismo, si nosotros o nuestros descendientes llegamos a disfrutar de ellos, no serán consecuencia de la crisis del capitalismo, del gobierno burgués, del imperialismo colonial; deberán ser una dura y diuturna conquista, el premio de sacrificio que los pueblos ni siquiera sospechaban en los tiempos entusiastas de la Primera Internacional, el fruto de una madurez de conciencia y claridad de visión de las cuales desgraciadamente nos encontramos aun lejos. Y sin esa lucha, sin esos sacrificios y ese conocimiento, no tendremos paz, ni libertad, ni socialismo y seremos oprimidos por la servidumbre total.

En las nuevas nacionalidades que surgen de las antiguas colonias, las posiciones claras son evidentemente más difíciles que en otras partes. La independencia es el ideal que se impone con la fuerza de la necesidad inmediata y transforma el problema de la libertad ampliamente humana en un pequeño problema de afirmación nacional. Y todo lo demás está por empezarse, cuando no es sofocado en germen por los grandes intereses mundiales que se entrecruzan. El antiimperialismo en las colonias y semicolonias asiáticas y

africanas, como el antiimperialismo en América latina, se preparan a convertirse en anacrónicas banderas, detrás de las cuales fuerzas internacionales no nacionalistas excitan a los susceptibles y celosos nacionalismos locales, siempre dispuestos a inflamarse. El fascismo racista en Sud América, el «comunismo» en Indonesia, nos demuestran que no se trata ya de un «problema colonial» en sí mismo, aun cuando las viejas fuerzas de opresión son más odiosas que nunca y están ciegas, por añadidura. La situación de Grecia no es al fin y al cabo muy diferente, *en esencia*, de la de Java y Sumatra hasta hace poco.

Los marxistas han contado, en el pasado, con los movimientos nacionalistas de emancipación colonial, como con un aspecto auxiliar de la lucha contra el capitalismo de las naciones que les interesaban desde el punto de vista de la conquista del poder: las de elevado potencial industrial y financiero y, como tales, imperialistas. Stalin en su «Principios de leninismo» recomienda una propaganda distinta en ambos ambientes, el colonial y el metropolitano. Ahora, prácticamente (cambiadas las condiciones a través de la transformación interna del proceso imperialista por un lado, y del régimen comunista-staliniano por el otro) la propaganda antiimperialista y nacionalista sirve para combatir en un determinado país menor la influencia de una potencia más grande que sea enemiga ocasional de los intereses rusos. En cuanto a los marxistas social democráticos, están en el poder o esperan estarlo en los países dueños de colonias. Tratan de mantenerlas hasta cuando y mientras puedan, y reclaman su devolución cuando han sido perdidas, como en el caso italiano.

Hay pues, también aquí, una quiebra del socialismo estatal (no como Estado, sino como socialismo) y una quiebra del capitalismo privado. Incluso en este campo los protagonistas de los conflictos anteriores están desapareciendo y son lentamente absorbidos por el proceso totalitario en curso.

## EL IMPERIALISMO, ABSORBIDO POR EL TOTALITARISMO EN GESTACION

En la época en que Lenin escribió su famoso librito «El imperialismo, como última fase del capitalismo», su definición del fenómeno como tendencia al dominio sobre las naciones independientes más débiles y a su anexión, con el objeto de asegurarles mercados a las oligarquías financieras para la exportación de capitales más que de mercaderías, respondía a una realidad concreta, que fué la causa principal de la guerra 1914-18. Pero desde entonces mucha agua ha corrido, torrencialmente, bajo los puentes. Menor cantidad bajo los puentes de las tres Américas que bajo los puentes de Europa; pero el Atlántico es cada vez más pequeño y los vasos son cada vez más comunicantes.

En 1916 los marxistas consideraban al imperialismo como la última sangrienta manifestación del capitalismo monopolista moribundo; moribundo precisamente por ser monopolista, de acuerdo con las teorías de Marx sobre la con-



centración del capital. Del hundimiento de ese mastodónico capitalismo privado debía nacer el socialismo. En cambio está naciendo, a través de una revolución, una guerra mundial y muchas guerras parciales, un capitalismo de Estado, totalitario en algunos países, en camino de llegar a serlo, en otros. En los Estados Unidos, refugio del capitalismo privado y nación esencialmente acreedora y en los demás países de América, de industrialización incipiente y con gran demanda de capitales extranjeros, el proceso puede conservar todavía las antiguas apariencias, mientras la sustancia ya está bastante cambiada. Pero también esas características superficiales parecen llamadas a desaparecer, puesto que se apoyan sobre una prosperidad capitalista artificial, consecuencia directa de la reciente guerra. La crisis, no transitoria, sino definitiva, de la estructura capitalista de la sociedad, ha comenzado precisamente en los Estados Unidos en 1929 y había llevado, antes de la guerra, a una situación insostenible provocada, no por la escasez, sino por la abundancia (relativa a la demanda, no absoluta) de los bienes de consumo, consecuencia a su vez del progreso técnico y de la mayor productividad del trabajo humano. De ahí la desocupación, la baja de los precios, la acumulación de productos por parte de compradores, la destrucción de esos productos para mantener los precios, el hambre por el escaso poder adquisitivo de los desocupados, el fracaso progresivo del comercio como medio de transmitir los productos del productor al consumidor. Sólo un cambio radical de las relaciones entre los hombres, en el campo económico y político, que sustituyera la búsqueda del provecho capitalista por la del bienestar colectivo, a través de una distribución basada en las necesidades y no en el poder adquisitivo; sólo un cambio de esa índole podía resolver la crisis. Sólo la preparación para la guerra, con la correspondiente absorción de los desocupados en las fábricas de armas; sólo la guerra misma con su movilización en masa y las inmensas destrucciones de riquezas, podía retardar, como lo ha hecho, el desenlace de esa crisis (1).

Pero cuando la escasez actual haya pasado, las mismas causas habrán de producir iguales efectos, a menos que venga nuevamente la guerra a interrumpir el proceso en curso. El desarrollo de esta crisis (que debería traer, si llegase a sus consecuencias naturales, la emancipación de la producción y del consumo de las fuerzas que actualmente los dominan, dominando a través de ellas al hombre) y no el comunismo stalinista o Rusia, constituye el verdadero motivo de pánico en el seno de las clases privilegiadas. Ese pánico lo hizo agruparse ayer en torno de Mussolini y de Hitler, que parecían ofrecer una solución del problema por medio de la estatización. Se recordará que el capitalismo industrial francés financió a Hitler y más tarde le abrió las puertas; que grandes empresas norteamericanas estaban estrechamente vinculadas con Alemania y que sabotearon la guerra durante todo su primer periodo, augurando la victoria fascista, en una actitud que no tiene evidentemente nada que ver con la conquista imperialista y nacionalista de los mercados. El problema es más político que económico: las

castas privilegiadas tienen miedo de perder su función dirigente. El privilegio económico es bastante más importante como instrumento de dominio que como modo de gozar materialmente de la vida. No es sólo la emancipación del productor lo que se teme, sino también la del consumidor, ya que la fiscalización del pan es el arma más eficaz al servicio del poder. Por eso las consecuencias de esa crisis de crecimiento de la humanidad son temidas no sólo por los monopolizadores de la riqueza, sino también por todos aquellos que ejercen de algún modo funciones de comando (que no se identifican precisamente con la dirección técnica, bien diferente en el fondo); es decir, por los hombres de gobierno, por los dirigentes, grandes y pequeños, de los partidos, de los sindicatos, etc. Por otra parte, a través de la progresiva estatización de la economía, estas diversas categorías tienden a fundirse en la burocracia estatal, nueva clase privilegiada dueña del Estado polizonte-empresario. Esta evolución del privilegio está en curso en todo el mundo—aunque con notable retardo en América—y halla su expresión más típica en el Estado totalitario, que parece ser la única esperanza de salvación del privilegio mismo.

Por eso, en tanto la lucha se mantenga en este plano, el totalitarismo, forma actualizada y vigorosa del absolutismo estatal, será siempre más fuerte que la estructura híbrida de la democracia capitalista, minada por el conflicto interno entre la explotación económica (que es una de las formas de opresión) y una pretendida libertad política que se presenta con un ropaje cada vez más anticuado. La evolución de la democracia capitalista hacia el capitalismo de Estado —a través de las nacionalizaciones, la fiscalización y a veces el monopolio estatal del comercio exterior, el carácter oficial o semioficial adquirido por los sindicatos obreros, las tentativas de conscripción del trabajo, etc., etc.—nos dice que, si bien fué vencido en los campos de batalla y en algunas de sus formas, el totalitarismo (esto es, el sistema en que el Estado es dueño de los cuerpos y de los espíritus mediante el monopolio de la autoridad política y económica) termina por prevalecer en los propios países vencedores, si no se cambia el terreno de la lucha y no se sustituye el dilema: democracia basada en la «libre empresa» o totalitarismo, con ese otro: socialismo sin Estado o absolutismo estatal totalitario (2).

El totalitarismo tiende, por definición, a ser único y mundial. Testimonio de ello es la expansión de Hitler y la aceptación de la misma por parte de casi todos los movimientos nacionalistas reaccionarios (el segundo adjetivo es bastante más exacto que el primero) de cada uno de los países afectados. Otro testimonio lo constituye la actual expansión de Rusia, que ha heredado en Europa la función de Alemania en ese proceso de unificación continental hacia la creación de un régimen militarizado de capitalismo estatal, con distinto color pero con una misma sustancia. El conflicto entre el mundo occidental y Rusia se debe sobre todo a esa diversidad de colores (lo que hace mirar hacia Oriente a las multitudes de desheredados, que imponen temor porque constituyen el ejército del socialismo, aun cuando se hallen ahora bajo el peso de un tremendo malentendido) y a la diversidad de grados a que ha llegado el proceso totalitario en los distintos países.

Resumiendo: el conflicto es más político que económico, en cuanto las fuerzas de gobierno y las fuerzas de explotación tienden a identificarse sobre un plano estatal para no perder la fiscalización de las grandes masas humanas; es, en su realidad profunda, más bien una lucha internacional en-

(1) Las consecuencias totalitarias de la crisis capitalista se comenzaron a apreciar en Italia en 1930. (V. Luce Fabbrì, «Camisas negras», Buenos Aires, 1934). Del 30 al 40, el proceso ha sido estudiado sobre todo en Francia, en periódicos (entre ellos «Nouvel Age», «La grande relève»), revista (como «Esprit») y libros (como las obras de Duboin). En los últimos años todas las revistas que se dedicaban al estudio de los problemas sociales, se ocupan ampliamente de la cuestión (por ejemplo, la colección de «Modern Review», de N. York, 1947-48). El libro más popular sobre el tema es el de Burnham: «La revolución de los directores», que ha sido comentado también en Italia y que ofrece una buena descripción del fenómeno, aunque llega a conclusiones que me parecen erróneas o, por lo menos, demasiado fatalistas.

(2) Me refiero, naturalmente a las potencias vencedoras occidentales. Rusia era ya totalitaria antes de Hitler (el totalitarismo—aunque la palabra fué creada por Mussolini—nació en Rusia) y su guerra con Alemania e Italia ha sido, probablemente, la anticipación de conflictos intertotalitarios futuros.



# EL ENIGMA DEL SEXO

## LA EDAD CRÍTICA



**C**LASICAMENTE la edad crítica ha sido fijada alrededor de los cincuenta años. Se ha descrito largo y tendido, con respecto a ambos sexos, las perturbaciones circulatorias, nerviosas y nutritivas. La voz de las mujeres es más grave. La pilosidad aparece en el semblante. Si los recursos de tocador no hubiesen alcanzado el grado de perfección registrado desde hace tiempo, asombraría la cantidad de mujeres vellosas que existen en la actualidad.

Se trata de la época en que la libido puede exasperarse. En la mujer, a medida que la feminidad disminuye, el «virilismo» que despierta puede conducir a los mayores disparates. El drama de las «belles-mères» es real. Todo el mundo tiene la «genitrix» de Mauriac. «¡Cuántas madres, escribe Romain Rolland, depositan en sus hijos el ardor secreto que no han podido llevar al matrimonio y fuera del matrimonio! Y cuando ven seguidamente con qué facilidad el hijo prescinde de ellas, cuando, bruscamente, comprenden que no le son ya necesarias, sufren una crisis del mismo orden que la que les arrojó la traición del amante, la desilusión del amor.» Las «Don Juanes», como las ha llamado Marcel Prévost, aparecen o se exasperan; las de Warens y las de Berny buscan un pequeño Rousseau o un Balzac

tre dominadores y dominados, que una lucha de tipo nacionalista entre distintos países, aun cuando esa última lucha termine por estallar efectivamente, como es probable, poniendo en peligro, no sólo toda posibilidad de vida libre, sino la propia existencia física de la humanidad. No es que las fuerzas populares, que quieren la justicia y la libertad y en las cuales reposa toda esperanza de salvación, sean realmente demasiado débiles para evitar el conflicto artificial, aunque mortal, en el que toda victoria sería la victoria del enemigo. Lo que les falta es la conciencia del momento que vivimos, la fe en ellas mismas, el abandono del misticismo mesiánico que hace creer más en las palabras que en los hechos. Una visión exacta de la realidad rusa sería, por ejemplo, la mejor defensa, no sólo contra la invasión staliniana, sino también contra el llamado imperialismo occidental y recíprocamente. Para concluir, puede decirse que esas fuerzas llamadas imperialistas, que amenazan a los pueblos de Europa, de América latina, de Asia y de Africa, son las mismas que amenazan la libertad, la paz y el pan del pueblo de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Holanda y de todos los demás pueblos del mundo; y sólo en solidaridad con estos últimos se las puede combatir, uniéndolos, en un plano internacional, las energías creadoras del trabajo contra las potencias destructoras, de la opresión y la explotación.

Luce FABBRI

Ayuntamiento de Madrid

ingenuo, a menos que, provistas de dólares o de piastras, no se paguen uno de esos danzarines mundanos o «gigolos» de bolsilo.

Esta desexualización puede producirse también en el hombre, cuyo problema ha estudiado Michel Corday en su libro «Les feux du couchant». Cuando el deseo persiste y el cuerpo declina, la influencia de lo que se ha bautizado «la complementaria» puede llegar a degradar a un hombre, quien, digámoslo en seguida, antes de su crepúsculo, no ha sido nunca uno de esos que pertenecen a la categoría de «varones» que aceptan las mujeres como «amos». La historia judicial nos ofrece numerosos ejemplos, desde el de tal senador hasta el crimen atroz del duque de Praslin. El cine se ha hecho cargo del problema. Y también el teatro. En «Mithriadate», Racine, ¿no ha dado acaso un magnífico ejemplo de celos preseniles?

Muchas mujeres, tras su larga madurez femenina — cada vez más larga — y la posible fase viriloide de la menopausa, ofrecen las últimas llamaradas de su corazón al amor divino. «El corazón de las mujeres es naturalmente religioso y no cesa jamás de serlo», dijo Marta Borely, que ha escrito dos libros excelentes sobre «El genio femenino francés» y «La decadencia del amor». Todas las mujeres aman a dios puesto que aman el infinito. Tienen necesidad de creer; su religiosidad errante no busca más que un pretexto para manifestarse. El amor reside en los bellos años; pero cuando éste desaparece, ¿dónde confiar ese corazón que no tienen la fuerza de guardar? La conversión es el asilo abierto a los corazones ardientes que no saben vivir sin amar.

Ciertamente, existe en los alrededores de los cincuenta una edad crítica. Pero los casos patológicos excepcionales son al mismo tiempo más raros de lo que quieren hacernos creer nuestras obras especializadas. En realidad, las gentes normales se adaptan sin dramatismo. El equilibrio de la regla no se encuentra ni en las novelas ni en los tratados de patología. Las perturbaciones mentales no aparecen sino en los predispuestos. Ciertas hormonas de la mujer, algunos hipotensivos del hombre y, poco a poco, todo se arregla. Se matan los sobresaltos peligrosos. Se acaba incluso por creer que «la vejez es la edad del prójimo», por lo menos la edad que no se tiene.

El psicoanálisis y los estudios sobre «los estados intersexuales», tan bien puestos en evidencia por Maraón, nos demuestran que, sobre todo en el hombre, la edad crítica puede ser, por lo menos tanto si no más, en la adolescencia. Si la menopausa es mucho más complicada en la mujer, que sufre, en efecto, dos decadencias: la de su feminidad cuan-

do de  
queño  
los cu  
en el  
Y s  
los c  
señal  
anál  
existe  
que n  
En la  
afect  
Chér  
clusi  
nita»  
cuadr

Le  
Muy  
de la  
vasta  
flar  
más  
de la  
nes»  
bins  
la ti  
de A  
nera  
tiva;  
«J'ai  
de C  
Mar  
fred  
sanc  
ver  
tilo  
de k  
que  
ceur  
abus  
y m  
nar.  
veró  
En  
tica  
quis  
todo  
ber  
pro  
mie  
Per  
afec  
te,  
vest  
duc  
má  
sed  
exc  
tat  
L  
div  
bor  
ma  
«ri  
es  
má



do deja de ser una mujer seductora, y la del pequeño «virilismo» a menudo agresivo de después de los cuarenta, la pubertad es mucho más complicada en el hombre.

Y son los médicos, aficionados al freudismo o no, los que nos brindan la explicación. Los escritores no señalan más que los síntomas superficiales. El psicoanálisis ha demostrado que el erotismo inconsciente existe desde la infancia. La cosa es tan conocida que no insisto sobre el famoso complejo de Edipo. En la adolescencia la superabundancia de la vida afectiva e imaginativa impulsan a René, Fantasio, Chérubin, Rosa de los Bosques y Chérie a amar inclusive un tronco de árbol. La joven es la «incógnita» en que Edmond Jaloux, nos ha trazado un cuadro, por otra parte ya conocido.

¿La literatura actual ha adjuntado alguna cosa? Muy poca, a parte de la explotación exagerada de las perversiones, del incesto y de la acción devastadora de las costumbres sobre los J3. Veo desfilar sobre la pantalla de mi memoria, primero, los más importantes, «La robe prétexte», «Les chemins de la mer», «Galigai», de Mauriac; «Le grand Meaulnes», y el grito de la aventura de todos esos Robinson Crusoe que «frecuentan antes de su partida la tienda de un cesterio»; «La neige et la fleur», de André Chamson, donde el desarrollo de una generación no destruye la ley de la constancia afectiva; «La jeunesse déchirée», de Jeanne Blanzat; «J'ai quatorze ans», de Roubé-Jansky; «Le préau», de Georges Borgueau; «Le chemin des écoliers», de Marcel Aymé. Véase «Printemps sexuels», de Alfred Machard, y «L'âge ingrat», del abogado tolosano José Cabanis, cuyo título no tiene nada que ver con la historia «mauriacciana», contada, en estilo conciso, de seco corazón de intelectual, quien, de los 18 a los 30 años, tan asustado del matrimonio que de la alianza definitiva, no es más que un «noceur» de la banal especie. Es uno de los títulos más abusivos. Medical y psicológicamente es falso. En fin, y muchos otros libros que no vale la pena mencionar. Talento aparte, todo ello no ha aportado nada verdaderamente esencial a lo que ya sabíamos.

En tanto que médico me asomo a esta «edad crítica» de la adolescencia que, en nosotros, neuropsiquiatras, se impone de más en más al otro, sobre todo en el muchacho. En principio es necesario saber que nacemos «bisexuales». La determinación se produce por la atrofia del sexo del que uno se libera, mientras que el otro se desarrolla normalmente. Pero la liberación no es completa. Los órganos desahectados se atrofian sin desaparecer completamente, y permanecen siempre en el individuo algunos vestigios, más o menos marcados, según los individuos, de la bisexualidad primitiva. En el hombre más viril existe algo de mujer. En la mujer más seductora existe algo de hombre. Algunas veces en exceso. Por ambas partes, muchos esposos lo constatan melancólicamente.

La joven es más precoz que el joven. El niño se divierte, se bate y se deja quitar sus juguetes y sus bombones por la «señorita» que, alta como dos manzanas, prodiga cumplimientos acidulados a sus «rivales» y revela su coquetería. A los catorce años es ya biológicamente mujer. Pero habiendo partido más pronto se parará también antes en el «cross-

country» especial de la existencia, y esto es una época en que el hombre normal posee una virilidad que, disminuyendo, puede mantenerse hasta la extrema vejez.

La morfología masculina no es verdaderamente completa sino entre los veinte y veinticinco años. Algunos autores afirman que más tarde. En el niño la pubertad es más compleja que en la niña porque sufre en realidad, como tan bien lo ha demostrado Marañón, dos pubertades: la de su «pequeña feminidad», entre los catorce y los veintidós años, y la de su «gran virilidad», netamente tardía. Adquirida ésta, se prolonga sin sacudidas.

El periodo crítico del hombre es, pues, lejano.

Existen menos casos de psicosis de lo que podría suponerse, pues la locura no es, salvo excepciones, una afección de la juventud. Para que las impresiones, las sensaciones y las ideas organicen sus motines, es necesario, en efecto, que exista una «personalidad». En revancha, las neurosis son asaz frecuentes, muy curables y de tipo generalmente impulsivo.

Lo que hay que retener es que todo individuo, para cesar de ser niño y convertirse en hombre, debe pasar por una fase de feminidad más o menos marcada, que es la época peligrosa de su vida, porque, bajo los dedos de los acontecimientos, la arcilla maleable de una personalidad que se construye peligra de ser desgraciadamente deformada. El adolescente, el «xourus» de los griegos, se halla a merced de hábitos, de frecuentaciones perniciosas y de ternuras maternas demasiado prolongadas. En particular, una madre demasiado perseverantemente **empolladora** puede dejar a su hijo en estado definitivamente crónico de «regresión infantil», y este último, una vez casado, continúa siendo el hijo de su madre y es incapaz de convertirse en marido de su mujer. Esto es lamentable.

Siempre que sea posible es necesario que los jóvenes esposos constituyan su hogar aparte, o que los suegros permitan a la nueva ama de casa la posibilidad de asentar su joven personalidad. La actitud de pie, de sumisión constante es, desde el punto de vista nervioso, la más fatigante de las actitudes. En las gentes equilibradas — y todo equilibrio es la resultante de dos fuerzas opuestas —, la ecuación, con inteligencia y buena voluntad reciprocas, puede resolverse. Interesa a cada uno.

Que una matrona de cincuenta años subordine a una mujer de veinticinco años es menos normal que esta última se imponga a la primera. Pero este equilibrio se convierte frecuentemente en imposible por el estado «feminoides» del tierno esposo y por la aparición de ese «virilismo» de la matrona del que he hablado al principio.

Espero prestar servicio a algunos afirmando esto. No siento aversión contra la suegra ni contra la nuera. Adopto la imparcialidad del neuropsicólogo. Este está con ambas. Y creo que así la mayoría.

Y adjunto que si Mauriac ha escrito la requisitoria «Genetrix», de haber yo cedido a los consejos de Marcel Prévost, de escribir novelas, hubiera yo escrito gustosamente una sobre «Nuria» (nurus: nuera). Pues sé de ejemplos odiosos.

Dr. Paul VOIVENEL.



# LOS DAÑOS FÍSICOS DE LA ABSTINENCIA SEXUAL



En varios libros populares de higiene sexual se atribuye a la abstinencia sexual una infinidad de maléficis efectos. Muchos médicos, a los clientes que se quejan de dolor de cabeza, de insomnio, palpitaciones, etc., se apresuran a aconsejarles que visiten mujeres, sin preocuparse de indagar si aquellas perturbaciones pueden derivar de causas que no son de orden sexual sino indirectamente. El tabaco, las bebidas alcohólicas, las comidas demasiado condimentadas, la fatiga física, el abuso de café, etc., provocan un estado de tensión sexual que hace penosa y dañosa la abstinencia, pero eso no legitima el *post hoc, ergo propter hoc* que es demasiado manifiesto en esa atribución general a las causas sexuales de perturbaciones nerviosas y psíquicas, derivables en cambio de un tenor de vida equivocado. Se confunde demasiado la abstinencia con la castidad. Si como demasiado y digiero mal y tengo estreñimiento es necesario que me purgue. Si como alimentos demasiado salados y condimentados es necesario que beba mucho. Pero la utilidad de la purga y del beber mucho es relativa a las perturbaciones debidas a mi alimentación desordenada. El que come moderadamente, y alimentos sanos, no tiene necesidad ni de purgas ni de bebidas abundantes: es el caso de la mesa. Así pasa con aquellos que fuman mucho, beben licores y café, velan hasta altas horas de la noche, frecuentan los espectáculos excitantes, se complacen con lecturas pornográficas o con ilustraciones obscenas o, más simplemente, llevan una vida sedentaria y monótona y, viviendo en un estado de erotismo sexual, por causas físicas o por causas psíquicas, o por todas o ambas categorías al mismo tiempo, sienten intensamente la agitación sexual, que se convierte en fuente de agudo malestar si no es enteramente satisfecha. Para éstos se puede hablar de abstinencia, no de castidad. Los que evitan diversiones, conversaciones, lecturas excitantes; los que son abstemios; los que toman poco café, poco té; los que fuman poco o nada; los que comen alimentos poco condimentados; los que regulan el sueño; los que hacen ejercicios físicos; los que tienen una intensa y continua actividad intelectual; los que no se abandonan a las fantasmagorías mórbidas; los que duermen en camas no demasiado blandas, no excesivamente tapados y acostados de un lado; los que se cuidan de dormir con la vejiga deshinchada y los intestinos descargados; los que se dan duchas tibias, baños de medio cuerpo breves y frescos; los que tienen limpio el prepucio, etc., son castos física y espiritualmente, es decir, sexualmente sanos y equilibrados. Para los castos la abstinencia no puede dar más que un «aumento de las poluciones, sensaciones molestas en la región del fúnculo espermático, de los testículos y del perineo, estados de irritabilidad general, leve depresión del espíritu y especialmente una hiperestesia sexual más o menos acentuada...» (Loewenfeld). Estas perturbaciones, a las que se añaden: ligeros vértigos, melancolías, falta de ganas de comer, pueden sufrir un aumento notable y exteriorizarse en

una neurastenia manifiesta si «durante la abstinencia, obran circunstancias que aumentan la excitabilidad sexual o reducen la resistencia del sistema nervioso (en *La vida sexual y las enfermedades nerviosas*).

Otra confusión consiste en la adopción del término *castidad* en función de *abstinencia relativa*. Dado que la castidad es rarísima, se atribuye a la abstinencia de las relaciones normales sexuales compensada por la perturbación, un complejo de daños que no tienen nada que ver con la abstinencia, sino en cuanto ésta puede ser un incentivo suyo.

Es preciso tener presentes estas oscilaciones y confusiones de significado, cuando se examinan o se citan los juicios de los especialistas.

Podemos clasificar la abstinencia en tres categorías: la abstinencia casta y absoluta; la abstinencia absoluta; la abstinencia relativa. Por el momento nos interesan las dos primeras.

Mientras Loewenfeld sostiene que el hombre normal puede soportar la abstinencia continuada en una vida laboriosa e higiénicamente regulada, con malestar de poca importancia, que sólo en los neurópatas asumen una cierta gravedad (ideas obsesivas, angustiosas, melancolías, alucinaciones) según Arb, insigne neurólogo alemán, hombres jóvenes y sanos no pueden dejar de sufrir mucho con una absoluta abstinencia sexual: «Están como «poseídos», obsesionados por los impulsos sexuales que dominan todos sus pensamientos, les perturban en el trabajo y en el reposo». Según Erb, como según Bloch, son aconsejables las relaciones sexuales. La abstinencia absoluta, según ciertos médicos de un tiempo, es dañosa por el efecto nocivo que tiene el esperma sobre el organismo (Zimmermann, Baglivi, Frank, Haller, Plats). También ciertos médicos actuales sostienen, como Lallemand, que «la abstinencia continuada es tarde o temprano perjudicial también para quienes la soportan fácilmente». El conocido médico vienés, Freud, sostiene el origen sexual de las perturbaciones nerviosas. En un artículo suyo (en la revista *Sexualprobleme*, marzo de 1908) examina el asunto de la distinción entre «moral sexual natural» y «moral sexual civil», distinción introducida por el doctor von Ehrenfels, de Praga. La moral sexual natural tiende a obtener la salud, la idoneidad para la vida; la civil tiene por objetivo la adaptación del hombre a la civilización. Según Freud, la moral sexual civil, con los sacrificios que exige del individuo puede perjudicar de tal modo la salud, que puede poner en peligro también la civilización.

Para Freud es indudable—resume Foerster—que la creciente nerviosidad que acompaña al gran incremento de la vida civil en la edad nuestra, sea en primer lugar absolutamente necesaria para remontar nuestra moral sexual civil. La civilización se funda sobre la represión de los instintos, pero esa represión exige una transformación de la excitación sexual en otras tendencias y excitaciones psíquicas; para esa transformación, además, incluso en los individuos mejor constituidos, no existe más que una dada la cantidad de energía; el que no puede tenerla llega a la neu-



rosis o a la perversión sexual. En tales casos, los instintos sexuales reprimidos se vengan de este modo: no son simplemente absorbidos por una cantidad extenuante de energía psíquica y nerviosa, la cual es consumida para reprimir los instintos, sin producir otro efecto que a lo sumo una depresión completamente exterior. Pero el instinto reprimido continúa obrando internamente, y sus «fenómenos de cambio» constituyen justamente lo que llamamos nerviosidad y más especialmente lo que llamamos psiconeurosis. «El valor psíquico de la satisfacción sexual se eleva con la renuncia a ella. La *libido*, por esa retención es puesta en el caso de hallar un punto cualquiera de los puntos más débiles que nos faltan en el edificio de la *vita sexualis* para irrumpir allí, por la satisfacción neurótica «de cambio», bajo forma de síntomas morbosos».

Freud, como Ellen Key, considera, por tanto, que la completa satisfacción sexual es lo más propio para asegurar el más alto incremento de la energía física. La tesis es muy discutible.

La acción deletérea del esperma es desmentida por las experiencias. Una parte del esperma es absorbida y excita músculos, cerebro y nervios (Aretreo, Blumenbach). Las inyecciones subcutáneas del semen líquido, y de los extractos líquidos de los testículos de los animales, han tenido éxito favorable. En Alemania muchas sociedades estudiantiles tienen en sus estatutos el principio de la castidad, los *sportsmen* y los cazadores de Inglaterra adoptan el precepto sajón de la castidad. Desde los campeones de los juegos atléticos de la antigüedad hasta los boxeadores actuales, la completa abstinencia sexual es la regla de los periodos de entrenamiento. La castidad ha sido hallada favorable también en los caballos de carreras y en los perros de caza.

Muchos médicos actuales ponen en duda los daños de la castidad. El profesor Eulenburg, en su *Neuropathica sexualis virorum* pone en duda «que alguien que observe un régimen de vida racional haya podido enfermar, especialmente de neurastenia y de neurastenia sexual a consecuencia de la castidad», y afirma que: «en lugar de reclamar la atención sobre los imaginarios peligros de la castidad, se debería recomendar a nuestra juventud, y sin cansarse nunca, un método de vida higiénico: el de vigorizar el cuerpo con el trabajo, con el ejercicio físico, luchando contra todos los hábitos malos, entre ellos el de la bebida».

El célebre neurólogo, profesor Forel, dice en su obra *El problema sexual*:

«En el estado normal de un joven normal de tipo medio, que trabaja asiduamente, sea intelectual o físicamente,

y se abstenga de los narcóticos artificiales (y especialmente del alcohol) que paralizan la voluntad y la inteligencia, la castidad, es decir, la abstinencia sexual, no es de ningún modo cosa irrealizable. Habitualmente no es facilitada más que después de la pubertad cumplida, a menudo después de los veinte años de edad, por emisiones nocturnas de semen acompañadas por sueños eróticos; la salud no se resiente por ello. Ciertamente que tal estado no puede ser considerado a la larga como normal, especialmente en el caso en que no haya esperanza de que acabe en un período no muy lejano. El fin natural de tal estado no puede ser otro que el matrimonio».

Forel declara, además, que no ha constatado nunca que una *psicosis* (enfermedad mental) se derivase de la castidad. Mantegazza escribe en sus *Elementos de higiene*: «La castidad acrecienta el vigor de los músculos, la actividad del pensamiento, agudiza los sentidos, prolongando la vida de quien ha sabido vencer tan áspera lucha». El especialista de enfermedades nerviosas, Oppenheim, constata con mucho placer que no pocos médicos cuentan la continencia sexual entre las exigencias que pueden ser hechas a la juventud masculina, y sostiene en su «Tratado de la educación», el valor físico y moral de la castidad. Y se podría citar a Mosso, Gerhaardt, Hegar, Moebius, y otros muchos, fisiólogos, clínicos, higienistas, pedagogos, sociólogos. En el congreso sobre la educación sexual habido en Florencia en 1910, y también en Bruselas en 1902, se declaró:

«Sobre todo hay que enseñar a la juventud masculina que no sólo no perjudican la castidad y la continencia, sino al contrario, son virtudes altamente recomendables desde el punto de vista puramente médico e higiénico».

Cuando hombres de ciencia de todo partido, de toda fe filosófica y política, de todo país, se hallan concordes en estas afirmaciones, séame lícito preguntarme si no debemos también nosotros, superando un hedonístico higienismo de dudosa seriedad científica, hacernos propagandistas de una moral sexual que, aun concediendo a la experiencia que en muchas naturalezas las represiones de la necesidad sexual llevan a crisis psíquicas y físicas, a degeneraciones, a un debilitamiento general, reconoce el valor formativo de la inhibición, y afirma que la castidad realizada plenamente hasta el completo desarrollo sexual y racionalmente luego, es el mejor medio para robustecer el cuerpo, para desarrollar una vida espiritual más potente y elevada, para la educación de la voluntad.

CAMILO BERNERI.

Se ingenuo contigo mismo para no ser falso con los demás.

SHAKESPEARE

No digas más que lo absolutamente indispensable, y ello con la menor cantidad de palabras posible.

EPICTETO

No escribas más de lo que puedes firmar ni digas más de lo que eres capaz de hacer.

Alejandro DUMAS (p.)

Deseo que todos se ilustren en los sagrados libros que forman la esencia de los hombres libres.

SAN MARTIN

La libertad, ídolo de los pueblos libres, es aun despreciada de los siervos, porque no la conocen.

SAN MARTIN

La ilustración y fomento de las letras son las llaves maestras que abren las puertas de la abundancia y hacen felices a los pueblos.

SAN MARTIN

Mi mejor amigo es el que enmienda mis errores o reprobaba mis desaciertos.

SAN MARTIN

Hacer todo el bien posible. Amar a la libertad sobre todas las cosas. Aun cuando fuera por un trono, no traicionar jamás a la Verdad.

BEETHOVEN

La colectividad, a lo sumo, puede considerarse como un fin inmediato, mas no como un fin último. No hay otro fin último que el individuo.

Salvador de MADARIAGA



# EL HUMOR, ESE BUEN AMIGO



TANTO se ha complicado la vida el hombre, que empieza a certificarse el criterio llorón y religioso de que «el mundo es un valle de lágrimas». También de quejidos y dramáticos suspiros. La gente no se entiende, se dificulta y sufre, y, por consiguiente, debe llorar y mesarse los cabellos en signo de desespero.

Existe una reacción a esto, cabal y justa, consistiendo ella en la resolución del problema llamado social. Ciertamente que las lágrimas nacieron con el hombre, es decir, antes de que éste incurriera en injusticia consigo mismo, antes de que inventara el drama artificial, o contra Natura, de la opresión, las guerras, las miserias morales (y buena parte de las materiales) y además las cruces y los puñales, los serenos y los ladrones. Pero aún hoy — que tan retrasados andamos en justicias y bondades — evitar el dolor provocado sería de un humor formidable.

Algún en España dijo, con la evidente intención de servir a sus dueños produciéndoles una sonrisa, que «La conquista del pan» de nuestro admirado y sabio Pedro Kropotkin era «la más grande tomadura de pelo que se le ha hecho a la Humanidad». O sea una gracia que se troca en mueca, en gesto interesado y servil. Kropotkin era tan humano, que no servía para bromas cargosas. Y aún en el supuesto de que burla burlando le hubiese abierto un camino a la sociedad para remidirla, o un espejo para que se viese en su horrible fealdad y políticamente se suicidara, la «tomadura de pelo» sólo la habrían podido resentir los calvos... de buenas intenciones. De lo que resulta que un bromista de mala ley puede salir embromado, ya que lo humorístico del caso es que el escritor de marras no había siquiera leído el libro que supuestamente criticaba.

Humorista no puede serlo cualquiera, y menos aquellos que no son depositarios de un fondo de bondad. Las expresiones sarcásticas, las sátiras despiadadas son más a propósito para hacer sangrar que para hacer reír; son recursos malévolos, inteligentes y despiadados. Son venganzas personales (siempre a ras de suelo, ponzoñosas) que si nada arreglan todo lo empeoran. No existe trato regular posible entre seres que se desprecien con la mirada rebosando turbias intenciones, y con palabra, más que mordaz, mordiente. Afortunados los rucios que en sus pésimas salidas demuestran, a pesar de todo, más sinceridad que los bipedos que confunden el gracejo con el odio y lo que recrea y satisface con lo que desagrada y mortifica.

Una ironía verdad soltada a tiempo es posible que haga más luz, que practique más brecha en el espíritu humano (que sigue atravesando su Edad Media) que un discurso doctoral o un específico provocador de la risa. Una razón donosamente expresada recrea e ilustra a los oyentes, a los lectores, en tanto que una argumentación grosera, pétrea o pretenciosa, deja al auditorio a una distancia más que regular del argumento torpemente emitido.

Hay que reconocer, sin embargo, que debido a las

preocupaciones económicas, de relación (no siempre agradable) y de acatamiento forzado a lo que priva, mantenerse en estado perenne de humor es una heroicidad o es un don de la Naturaleza. Habrá — es posible — un descocado, un poca pena que le saque chispa a la defunción de su propio hijo, humor funerario, desentrañado, que nada edifica y mucho repugna. En cambio, existe el individuo materialmente desdichado que alienta y pervive gracias al caudal humorístico de que está dotado. Abunda el ejemplar humano que se tortura y ensombrece dramatizando todos sus pasos, tragediando los inconvenientes que se le oponen y con los que choca. Más feliz, el pobre en bienes y rico en espíritu vive relativamente tranquilo porque lleva la tranquilidad «en el saco» y por esa capacidad de reacción humorística que le salva en los momentos de mayor apuro y que la voz popular ha concretado en una frase expresiva y sana: «A las penas puñaladas». Como es justo notar, esta sentencia de la gente sencilla no expresa escepticismo, sino ganas de vivir a pesar de todo lo que impide y amarga. Cada cual tiene su vida y debe sentirse en gusto y obligación de apurarla. Lo cuerdo sería que nos facilitáramos el vivir unos a otros; pero cuando no es así, cuando la sociedad se empeña en convertir a los espíritus despiertos en elementos subversivos, siempre es mejor apuñalar al vicio que acuchillar semejantes. El papel social del humor es formidable.

Por eso el cómico Charlot es nuestro amigo, nuestro educador, no ya nuestro pasayo preferido. Infelices los que lo consideran un entretenidor gracioso. El que paga, ríe y queda servido, es el único payaso del circo, aunque «únicos» lo sean quinientos. El cómico banal a lo sumo es un ganapán, un propagador del histerismo mediante la carcajada. Para concebir o gozar el argumento charlotesco hay que haberlo vivido, sentirse bueno y ser un psicólogo latente. A Chaplin, nuestro imponderable Gregorio Marañón no le sirve ni para llevarle la maleta. Es infinitamente inferior. Sus tratados médicos sólo aprovechan a los profesionales afanosos de riquezas y honores, y en su aspecto popular, conducen al menosprecio de la raza. Comunmente, las graves lecciones de la casta doctorada no sirven, con toda su enmarañada o «enmarañada» substancia, para producir un rayito de luz en la mente del pueblo, ampliamente considerado. Y no porque éste esté verde o romo como se le supone, sino porque exige lecciones asimilables, aireadas, no opacas, y más que opacas, plomizas.

Kant ha sido un grave productor de filosofía, y su discípulo Marx ha creído inventar un sistema. Con todo y haber sido un apasionado, y un soberbio, hoy este Carlos se asustaría al contemplar una enorme masa de gente postrada a sus pies sin comprender nada de su obra. Sin embargo, al filósofo, al psicólogo, al humanista Charlot lo comprende todo el mundo. «Humano, demasiado humano», como recriminaba Nietzsche; fraterno, cordialista sin ripio ni misticismo; refractario, por naturaleza, a cuanto impone y cohibe; igualitario para los goces de la vida; espiritual y libre, como la mariposa



del prado. Sabiedo interpretar todo esto, tan cándido y profundo a un tiempo, el cómico logra por la pantalla lo que mil payasos con barba no han logrado por la vitrina. Sin barba son legión los escritores que burbujean y piruetean mendigando el «¡Ja, ja!» ruidoso, estruendoso, que produce dinero. Fernández Flores—buen comediante de las letras, pero sin objetivo noble—, uno de ellos. Pérez Zúñiga, otro que tal, con su «risa por la risa». Rusiñol criticó con acierto y gracejo, incluso demolió; pero sin idea superior, quedó en mitad del camino. Como Chesterton y Shaw, inteligencias superiores, pero con sentimientos de igualdad vagos. La fuerza intelectual sería muy constructiva y la filosofía altamente y físicamente provechosa, si supieran enraizar, como la sabiduría animada de Charlot, en el alma del pueblo.

Hay que saberles despertar el exacto sentido del humor a los hombres. No considerándoles inferiores o eternos alumnos, sino colocándose en el mismo plano que ellos. En realidad, en pareja grada estamos todos, pero a veces la soberbia de los capacitados se hincha y eleva cual globito obsequio de tendero. Se está tan alto, o tan fuera de lugar, que la distancia—los lentes—impide ver que en el seno agitado y abigarrado de la muchedumbre hay sujetos verdaderamente chispeantes, humoristas, que saben coger con una gracia que cautiva el sentido de las cosas, de los acontecimientos y de las situaciones. Por azares de la existencia hemos vivido durante tiempo en una cuenca cerrada, no impermeable, pero sí semiaislada. Sin estudios superiores, del trabajo al periódico, aquellos laboriosos conguenses no tenían tiempo ni medios para formarse una cultura extensa, quedando conformados con la rudimentaria que se procuraban por su cuenta. Y no obstante, lo que no proporciona la sabiduría oficial lo conseguía, en aquellos hombres, su propio ingenio. Prueba de que no eran estancados. Penetrar en un café, ennoblecido el ambiente con la libertad española de antaño, era como penetrar en el cercado de un torneo de agudezas; y espontáneas, que es lo más difícil e interesante. Cuando el conversador improvisa, es mucho más importante y escuchable que cuando recita comicidades aprendidas de antemano. Lo espontáneo cautiva y concita a sonreír. Lo preparado, cuando consigue ser intercalado en la relación que en tertulia se suscita, puede obligar a la risa con sacudidas de ombligo.

Poco nos preocupaba en nuestra mocedad entrar en una fábrica y depender de un patrono exigente, avaro de nuestro trabajo. Con tal de que no se nos atravesara, se discurría, trabajando, como si tal cosa. Lo importante, lo imprescindible era dar con compañeros de trabajo dignos, a poder ser, dispuestos a pasarlo lo más alegremente posible. En estas duras peregrinaciones—que los sabios que lo conocen todo ignoran absolutamente—solíamos dar con ejemplares de ironistas, innatos, que era un regalo

del espíritu alternar con ellos. Más en ellos que en los escritores aprendimos a echar vinagre de las venas—la lucha social conduce a veces al histerismo—, a considerar al hombre en su valor intrínseco, a ser más buenos y tolerantes, y a afirmarnos, entre bromas y veras, en nuestras convicciones. Recuerdo a un amigo de esos que nunca consiguió hablar en serio porque sus donosuras no estaban exentas de seriedad, precisamente. Como era humorista no mortificaba, y el tocado por su alada flecha sonreía. Poseía, el hombre, un caudal de humor inextinguible. Sólo una bárbara paliza de la Guadía civil—ella tenía que ser—acabó, no ya con la chispa, sino con la razón de tan estupendo como oscuro ironista. Incluso cuando se quiso suicidar provocó en el vecindario una risa compasiva: se arrojó por el balcón a la calle, estando el balcón a una altura de cinco palmos...

El humor define a los hombres, " como el músico inteligente y sensible, el humorista ha de ser necesariamente bueno en corazón y en arte. De lo contrario, las exquisiteces del alma humana no posan en la suya.

El humor es agudeza, delicadeza y fina percepción rebosando de nuestro espíritu. Es igualmente, signo de inteligencia, condiciones que son privativas de quien las posee, no de quienes las fingen poseer. Humor es también alteza de miras, grano de pimienta y no punta de aguja, susurro y no disparo, advertencia y no agravio, agrado y no ofensa, palabra precisa y no lengua desatada. El humor no tiene idioma porque dispone de todos, y los humoristas sinceros se estrechan fácilmente la mano tras haberse reconocido en liza y en combatientes leales.

Si nos atreviéramos, daríamos una definición: el humor es beso y no mordisco. Y una sentencia: el rabioso termina por devorarse a sí mismo.

No nos devoremos unos a otros, los hombres. Tenemos humor. Sin él, ¿qué le importa al burgués un capital en el banco? ¿Qué comprará con el dinero? Payasos jornaleros, absurdidades, pero humor, imposible. Nunca los soberbios, y entre ellos los tiranos, consiguieron reconciliarse con el humor, si un día lo tuvieron. Una montaña de cadáveres y unos odios encrespados, himaláyicos, los separan del bienestar y del sosiego. Hay que disponer de una conciencia limpia, de un corazón como un sol para sentirse humorista, para mantenerse en agilidad de carácter. Cuando Nerón quiso ser genial no se le ocurrió otra cosa que incendiar a Roma, y cuando un Himmler se sintió bromista les hizo cantar «J'attendré toujours» a los desdichados destinados a la horca en horribles campos de concentración.

Donosear es digno de hombres; mordisquear es propio de perros.

Hagamos lo posible para que no nos confunda el lacero.

J. COLL DE GUSSEM.

El capitalismo y el Estado son cargas excesivamente onerosas para la sociedad; el hambre es un fantasma perpetuo y sin embargo los graneros están repletos; la desocupación es un problema permanente; se suele hasta limitar la producción para evitar la rebaja de los precios; los trabajadores se ven obligados a mantener directa o indirectamente a una legión de parásitos: burócratas, curas, militares, intermediarios, rentistas, etc. La fatiga inútil y el despilfarro de las energías humanas caracterizan el sistema capitalista. Estamos en la era de la energía atómica, del gas, de la aero-

navegación, pero todos estos adelantos son fruta prohibida para la inmensa mayoría de los hombres; el maquinismo, en lugar de una reducción de la jornada de trabajo, ha traído como resultado la desocupación. Ante todas esas trágicas consecuencias de una organización social inicua, ante la miseria económica y moral, no vemos otra solución que el socialismo, la explotación colectiva y la distribución de productos de acuerdo con las necesidades de todos los hombres.

G. V.



# ECONOMIA Y EXCESO DE NATALIDAD



CUANDO en aula de primera enseñanza adquirimos las primeras nociones de geografía, se nos enseñó igualmente que el alimento, el vestido y la habitación son tres elementos esenciales al género humano. Seguidamente hemos oído contradecir ciertas lecciones aprendidas en la escuela, pero la anotada, de características puramente económicas, jamás, que nos hayamos percatado, han sido puestas en tela de juicio. Indudablemente, el hombre no vive solamente del pan que come; pero sin pan la vida le sería imposible.

Y no obstante, en nuestra época se da repetidamente el caso de personas que mueren por carencia de pan o de alimentos equivalentes al mismo. Además, la falta de este harináceo conduce frecuentemente a los hombres a despojarse mutuamente de la existencia, lo que es peor desde el punto de vista moral. En fin, que cuando el hambre no es suficiente para ocasionar la muerte, proporciona cuando menos enfermedades conducentes a ella por pérdida de vitalidad, por reducción de espíritu, transformando a sus víctimas en entes incapaces de subvenir a sus perentorias necesidades.

Más de la mitad de personas existentes en el mundo sufren hambre, más o menos atenuada, durante la mayor parte de su vida.

\*\*\*

Por razones de comodidad se evalúa generalmente en dos millones de seres la población total del globo; pero en realidad, ella es algo más elevada. Las mejores estadísticas oscilan entre 2.250 y 2.500 millones. En ciertos grandes países es imposible procurarse cifras exactas al respecto, debido a las dificultades que presenta la confección de un censo formal.

En cuanto a la fijación de una tasa con respecto al aumento numérico de la raza, tampoco los expertos consiguen ponerse de acuerdo. La cifra de 50.000 excedencias por día quizás sea la más prudente que se ha facilitado. Muchos demógrafos estiman en 55.000 o más el excedente humano cotidiano, mientras otros llegan a la cifra de 75.000.

Pero, sean las que quieran las cifras sobre las cuales nos basemos, tratándose de un fenómeno de densidad creciente, un cálculo aritmético muy simple nos dará una idea de las perspectivas futuras. Si la cadencia «superávit» se mantiene al ritmo fijado en primer término, la población mundial constará de 3 a 3,5 mil millones en el año 2000. En el 2050, la sociedad humana tendrá de 3,9 a 5 millones de bocas a llenar...

Naturalmente, no es imposible que esta cadencia en más se modifique. Una variedad de elementos y circunstancias pueden frenar o acelerar el cupo de nacimientos. Hace algunos años los teóricos relevaban tres «causas naturales» susceptibles de limitar el aumento de la población: el hambre, las epidemias y la guerra.

Ninguna de estas tres calamidades puede ser considerada con agrado, y actualmente escasa gente aceptaría calificar la guerra como causa natural, puesto que, notoriamente, toda matanza guerrera es un efecto azas visible de los errores humanos. Por lo que respecta a las epidemias, el caso es discutible; pueden ser una «causa natural»; pero dado el estado de avance de las ciencias médicas, las pestes son evitables merced al empleo de medidas higiénicas y de co-operación sanitaria en grande escala.

Queda el problema del hambre. Esta es, ciertamente, una «causa natural» en el sentido de que se trata de una situación creada por la Naturaleza. Así, hasta una época que podemos llamar reciente, una epidemia de hambre de gran envergadura a menudo ha sido inevitable, por dividirse entonces el mundo en regiones aisladas unas de otras. Si una de éstas sufría una serie de crisis cosecheras, agotando, en consecuencia, los recursos en días mejores almacenados, era materialmente imposible hacerle llegar socorros alimenticios desde los países mejor provistos, con la rapidez necesaria para salvar a los hambrientos.

Pero la condición de los transportes modernos han modificado aquella situación. Ahora se pueden expedir rápidamente por vía múltiple grandes cantidades de víveres desde no importa qué punto del globo a otro. Sin embargo, para que los hambrientos puedan beneficiar de nuestros progresos en técnica transportista y otras, precisa que las rivalidades políticas y la codicia de los agiotistas desaparezcan. Y aun falta, con todo, que cuando un pueblo hambriento lance el SOS al mundo, existan en otros ámbitos del mismo regiones que dispongan de comida en exceso.

\*\*\*

Actualmente, cuando la epidemia del hambre es señalada en algún rincón del globo, la mayor parte de los pobladores de un país disponiendo de lo que allí les falta, se comprenden en defecto de conciencia. Porque conocen que ciertos pueblos favorecidos—el suyo comprendido—disponen de víveres excedentarios, y no ignoran, tampoco, que las materias alimenticias han sido utilizadas en todos los tiempos como arma política y que ello aún continúa así. Saben, además, que recientemente parte de algunas cosechas han sido destruidas para «proteger el mercado» o acaparadas por los especuladores para provocar una elevación de precios. Ante estos hechos, penosos y recriminables, los bien alimentados se inclinan, para aligerar su conciencia, a atribuir a la inclemencia del hombre para con el hombre la responsabilidad del hambre.

Sin duda alguna, los hombres tienen razón al atribuirse personal y colectivamente parte de la responsabilidad de la calamidad que nos ocupa. Pero, ¿es justo cargar toda la responsabilidad sobre el egoísmo humano? En otros términos, aún cuando todos los productos nutritivos de la tierra estuvieran puestos a la disposición y sin restricciones al alcance de todo el mundo, ¿habría existencias en cantidades suficientes?

Nadie lo sabe, puesto que la experiencia jamás ha sido intentada. No obstante, se puede asegurar que cuando los entendidos estudian las estadísticas de la producción agrícola mundial, permanecen escépticos. Sin duda las estadísticas agrícolas son incompletas, cual también ocurre con las demográficas. Mas, en la mayor parte de los casos, los países que recolectan grandes cantidades de productos alimenticios son precisamente aquellos por los cuales se dispone de estadísticas precisas. Y los países afectados por la subalimentación crónica—la mayor parte situados en el Asia—son aquellos en los cuales vive la mayor parte de la humanidad. Si el sobrante mundial de víveres fuese enviado a Asia, ¿los asiáticos conseguirían todos comer lo suficiente? La mayor parte de expertos, desgraciadamente no lo creen así.

Y más preocupados quedan todavía nuestros técnicos cuando fijan su atención en los recursos bucales de que dis-



pondrá la raza dentro de cincuenta años. Cual hemos visto, ellos creen que la Tierra será poblada por tres millones de habitantes cuando menos. De hoy a entonces se puede dar por descontado un acrecentamiento de la producción alimenticia por enriquecimiento de la técnica agropecuaria, notablemente en el dominio de la irrigación y de la selección de las especies, tanto vegetales como animales. Por contra, una parte de las tierras actualmente en explotación arriesgan de ser agotadas debido a los métodos de trabajo defectuosos, o abandonadas por disgregación pluvial. Con la desventaja de que no existe ya nuevo continente ofreciendo su virginidad en extensiones aparentemente ilimitadas. Las solas fronteras que hoy subsisten, son de orden tecnológico.

Lo que será cierto en el año 2000 lo será probablemente más allá del mismo, pudiéndose, por consiguiente, plantear el problema de la siguiente manera: Si todos los recursos de nuestro planeta fuesen utilizados al máximo, ¿cuántos seres humanos conseguiríamos alimentar? Las opiniones remitidas al respecto varían entre 3,5 y 13 mil millones, o sea un poco menos del triple de la población actual del mundo.

Poco importa aquí, aún, la opinión que adoptemos en el presente caso, pues las conclusiones prácticas siempre resultarán las mismas. Puesto que actualmente la sociedad no produce lo suficiente para el número de seres que contiene, con la agravante de que pronto habrá muchas más bocas a satisfacer debido al crecimiento irrefrenable de la humanidad, obligatoriamente habrá que cumplir un máximo de esfuerzos para acrecentar nuestras provisiones, lo cual puede lograrse de tres maneras: primera, aumentar la producción; segunda, mejorar la distribución; tercera, reducir o impedir el despilfarro.

...

Los medios más elementales de acrecentar la producción alimenticia, consisten en disponer de nuevas tierras para el cultivo. Fué, probablemente, el único medio con que se contaba al principio. Cuando los nómadas se adaptaron a la vida agrícola sedentaria, roturaban una parcela de terreno, la cultivaban hasta el agotamiento, y luego la abandonaban por una pieza nueva. Con algunas variantes introducidas, este sistema ha continuado siendo utilizado en una gran parte de América del Norte hasta mediados del siglo XIX, persistiendo aún en la actualidad en ciertas regiones del mundo.

De todas formas, las tierras vírgenes devienen raras y en la mayor parte de países las tierras fáciles al cultivo son explotadas por entero. Las tierras no cultivadas no lo son a causa de su pobreza, o por acceso difícil, o pantanosas, o sometidas a un clima tan seco, cálido o frío, que el cultivo y la recolección no pueden menos que vegetar.

La posibilidad de utilizar estas tierras «marginales» permitiría acrecentar considerablemente nuestros aprovisionamientos. Desde hace millares de años los hombres saben convertir en productivas las tierras más áspers por medio de la irrigación. Pero ésta, con sus presas y canalizaciones, cuesta mucho dinero en adquisiciones y mano de obra, no siendo además posible establecer el sistema sino cuando se dispone de una reserva de agua suficiente a distancia razonable. De todas maneras, la técnica moderna permite la instalación de conductos acuosos cubriendo extensas superficies.

La creación de nuevos tipos de especies adaptables a climas extremos, permitiría la explotación de las tierras extremadamente cálidas o demasiado frías. Los seleccionistas de plantas estudian este problema hace años. Particularmente han conseguido producir variedades resistentes al frío y consiguiendo rápida sazón antes de la estación de los grandes fríos. Tal es el caso de las nuevas especies de trigo utilizadas con éxito en Canadá y la Siberia. Igualmente han logrado plantas alimenticias resistiendo la sequía y utilizables, sin necesidad de riego, en regiones donde las precipitaciones atmosféricas son raras.

Las tierras pobres pueden a menudo ser fertilizadas con abonos químicos, remedio igualmente apto para las tierras cansadas. La disposición de terraplenes y muros toscos permite utilizar las tierras inclinadas en demasia, y los terrenos pantanosos pueden ser cegados y utilizados. Los guanos, la disposición de la tierra montañosa y el aprovechamiento de los terrenos pantanosos son empresas costosas; pero en vista de la extensión actual de las necesidades alimenticias de la especie, los pueblos que emprendan la tarea apuntada se adjudicarán una ganancia segura.

Al mismo tiempo que buscamos los medios de aumentar la extensión de las tierras de labor, deberíamos, evidentemente, hacer todo lo posible para impedir el agotamiento de las tierras hoy utilizadas. La contención, la utilización de abonos adecuados, un trabajo atento para impedir la evaporación y evitar las erosiones, son prácticas corrientes en bastantes regiones del mundo; pero deberían ser aplicadas universalmente.

Podríamos igualmente aumentar el rendimiento de las tierras en producción activa. Los seleccionadores que han tratado de obtener plantas adaptadas a ciertos climas, han intentado también, con éxito apreciable, producir variedades de rendimiento superior. Además, los avicultores y ganaderos nos han facilitado especies más prolíficas. Para que sus experiencias rindan un resultado máximo, precisa que las nuevas especies conseguidas sean puestas a la libre disposición de los criadores de todos los países.

Todos nuestros alimentos no proceden necesariamente del suelo. La humanidad consume ya grandes cantidades de pescado u otros productos oceánicos y los sabios estiman que el mar contiene la mayor reserva alimenticia del hombre. En nuestros días la pesca está reglamentada en cierta medida por acuerdos privados o internacionales. Sin embargo, ciertas partes del océano son insensatamente superpobladas y otras no son explotadas del todo. Precisaríamos proceder a un estudio científico profundo de los recursos alimenticios marítimos, e instituir una condición eficaz para evitar que esas riquezas submarinas sean malogradas como ocurre con muchas de la superficie terrestre.

Ante nosotros se abren, por así decirlo, las perspectivas de la «cultura química». Algunos pacientes investigadores han hecho crecer legumbres y hierbas forrajeras con ayuda de soluciones químicas y agua, sin necesidad de utilizar la tierra para nada. Pero esas posibilidades son limitadas, a su vez, por la cantidad escasa de productos químicos existente. Quizás un próximo y más afortunado porvenir le esté reservado a la producción de alimentos sintéticos, cuales la levadura comestible cultivada con fortuna por medio de una solución a base de serrín de madera, y los alimentos producidos mediante la clorofila artificial.

La mayor parte de los modernos procedimientos de cultivo intensivo a los cuales tendremos que recurrir, exigirán un suplemento de trabajo, sea ejecutado por el hombre, por la bestia o indirectamente por la máquina. En muchísimos casos esta última permite realizar economías. Pero su adquisición es costosa y ninguna máquina rinde lo suficiente si no se la somete a un trabajo prolongado. El pequeño agricultor generalmente no puede comprar máquinas caras y, aunque tuviera medios para ello, haría una mala adquisición. Tras el comienzo de la explotación mecánica del suelo, la tendencia ha sido reagrupar las parcelas en unidades mayores a fin de que las máquinas justifiquen su precio de coste con grandes extensiones trabajadas. Esta operación se efectúa a veces utilizando el capital privado: un particular o una sociedad adquiere vastas haciendas y las mecaniza; en otras ocasiones los agricultores modestos se agrupan en cooperativa y compran maquinaria para la siega, la trilla y la obtención de caldos en común.

...

Hemos visto que no existen ya razones técnicas para que las materias alimenticias no puedan ser repartidas según



sean las necesidades. Las solas razones que actualmente se oponen son de orden político y económico. Los gobiernos utilizan el acaparamiento como medio de presión con respecto a los otros países, y a veces incluso en el interior de sus fronteras. De este hecho—señalémoslo una vez más—los productos comestibles siempre han constituido una arma política e igualmente una arma de guerra. Como todos los productos destinados a la venta, el alimento siempre ha sido, por ciertas personas, un medio de enriquecerse a expensas del prójimo.

Algunas naciones han ensayado de igualar el reparto de los víveres entre la ciudadanía fijando los precios por decreto y amenazando con castigos a los acaparadores. Tentativas parecidas han sido hechas tratando de nivelar el reparto entre las naciones. La Convención Internacional del Trigo es una de estas tentativas, y el «pool vert», propuesto para los productos agrícolas de la Europa occidental, es otro ensayo que se iguala al de la C.I.T. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura fué creada para ayudar indiferentemente a todos los países a incrementar su producción agrícola. Su primer director, lord Boid Orr, propuso la creación de un Consejo Mundial de la Alimentación habilitado para comprar excedentes de cosecha y estabilizar precios. Pero esta sugestión fué rechazada y, hasta la hora presente, ningún organismo se ve capaz de resolver el problema del reparto de productos alimenticios en su conjunto.

El tercer medio de disponer de más riqueza gastronómica consiste en reducir el despilfarro, abuso que reviste las formas más diversas. Hay comidas tiradas (sobrantes) en fondas y hogares de familia a causa de la mala administración, o de la poca atención que ponen las dueñas en el valor social de los alimentos a su alcance. Al parecer, no existen hoy día más que dos métodos para poner coto a este género de derroches: el racionamiento y la educación. Cuantas personas han sufrido durante largos periodos la privación gubernamental, prefieren la segunda solución.

Un desperdicio considerable ha habido entre el estadio de la producción y el de la consumición. Varias materias comestibles perecederas se pierden durante el transporte a causa de retrasos de llegada evitables si el servicio se lo propusiera. Existe asimismo la pérdida deliberadamente provocada por los productores, los intermediarios, y a veces por los gobiernos, al destruir intencionadamente los alimentos cuando éstos no adquieren un precio de venta lo suficientemente elevado. Casi siempre ese sabotaje podría ser evitado almacenando los productos, sometiéndoles previamente a un tratamiento apropiado—fabricación de conservas, congelación, deshidratación—, procedimiento que permitiría mantener aquéllos en reserva hasta que se presentase el caso de enviarlos a otras regiones faltas de estos productos acumulados.

Pero ocurre a veces que la conservación y la expedición comportan gastos tan elevados, que ni una ni otra parecen ofrecer solución adecuada. No obstante, precisa imponerse de que se trata, en todo caso, de una solución valedera a la larga. Casi siempre resulta verdadero que todas las materias producidas en el mundo son necesarias al conjunto humano comprendido en los cuatro puntos cardinales del globo. En el caso contrario—el de la sobreproducción constante de un determinado producto—habrá que hallar el medio de estimular a los productores a cambiar la especie en cultivo.

Quizás la pérdida más constante e insidiosa sea la provocada por las enfermedades de las plantas, el moho, los roedores, los insectos devoradores. Se calcula en 65 millones de toneladas, término medio, la cantidad de cereales destruidas anualmente por los insectos y las ratas, lo cual equivale a la producción total europea de anteguerra. Los daños producidos por la langosta son proverbiales: un vuelo de estos insectos puede destruir un campo de cereales en pocas horas.

Los demás insectos y la mayor parte de enfermedades son menos espectaculares, pero poco menos perniciosos. Si bien ofrecen la ventaja de poder ser combatidos con éxito mediante pulverizaciones o por un tratamiento especial si éste es aplicado en tiempo hábil. Una de las tareas más recomendables es la de aplicar los nuevos métodos para eliminar los parásitos adherentes a las plantas.

\*\*\*

Supongamos que debido a todos nuestros conocimientos y recursos presentes y venideros consigamos que el suelo de todo el mundo rinda la producción nutritiva de que sea capaz; supongamos haber logrado eliminar las barreras políticas y económicas que obstaculizan un reparto de productos equitativo y armónico; supongamos perfeccionada la técnica almacenista y que hemos reducido a un mínimo substancial las pérdidas posteriores a la cosecha. Consiguiendo todo esto, ¿satisfacción será obtenida? En términos más precisos, ¿llegará jamás un momento en que todos los habitantes del globo serán convenientemente alimentados? Y si esa ventaja es obtenida, ¿lograremos mantenerla, en efectividad y cadencia?

Los sabios no están de acuerdo sobre esta cuestión, la más importante de todas. Ciertos de entre ellos mantienen la antigua teoría de que el aumento de población se efectúa en detrimento de las condiciones de vida de la especie. Si se consiguiera—afirman—que la actual población del planeta estuviese bien alimentada, su volumen no crecería (1), estabilizándose, por consiguiente, el cupo de nativos. Bastantes países holgados—por lo muy industrializados—cuentan con un volumen de natalidad inferior al de las regiones menos privilegiadas. Las ciudades en las cuales el grado de confort material es generalmente más elevado que en los pueblos rurales, frecuentemente ofrecen una natalidad inferior a la de los distritos campesinos próximos.

Si bien otros sabios rehúsan admitir estas observaciones como premisa general, sosteniendo, por su cuenta, que otros factores entran en juego. Recuerdan que ciertas religiones como la católica y la hindú, exigen de sus adeptos un máximo de procreación. Además, la propaganda de los gobiernos presenta la fundación de familias numerosas como un deber patriótico y los subsidios familiares parecen estimular positivamente el deseo de los gobernantes. Las tradiciones culturales y las preferencias personales juegan asimismo un gran papel en la materia.

En fin, ahí está también la teoría malthusiana de la limitación de la especie en las regiones excesivamente pobladas, difundiendo profusamente el conocimiento de los medios anticoncepcionistas. Esta sugestión repugna a cierta cantidad de gente por razones de orden religioso, y sociólogo existe que cree inadecuado recomendar el anticoncepcionismo a poblaciones ignorantes y económicamente débiles, puesto que en ellas sería difícil una aplicación eficaz de la teoría a causa del bajo nivel en instrucción e higiene que en estos lugares, generalmente superpoblados, se resiente.

Imposible predecir exactamente el futuro y aún menos determinarlo; pero es seguro que tenemos necesidad imperiosa de aumentar la capacidad alimenticia del mundo. No es el único problema, pero sí el más esencial. Aldous Huxley señala que el hambre origina las guerras de conquista en los países excesivamente industrializados, y epidemias y guerras civiles en los países menos desarrollados. Mientras el espectro del hambre aleteará sobre la tierra, será imposible encontrar solución permanente a las dificultades políticas externas e internas de los pueblos, y ni siquiera perspectivas de paz real y durable gozaremos.

Mary BURNET.

(1) Alusión a la procreación consciente tan cara a los libertarios. (N. del T.).



# COMO ORGANIZAR AL CAMPESINO



*Noticia biográfica de Pedro Sagarra: Nació en Vallmoll (Tarragona) a últimos del siglo pasado, de padres campesinos, y murió exilado en Grasse (Francia) en 1945. Extremadamente sensible, sintió el dolor ajeno como propio. El suyo físico fué mortificante, puesto que arrastró una enfermedad desde su juventud.*

*Fué gran amigo del orador Salvador Seguí, del escritor José Viadiu y del músico Antonio Puig. A su vez, fué un excelente cronista de la tierra, cuyos problemas interpretó por la simple razón de haberse identificado con ellos. Por elevación de espíritu fué escultor y libertario, y por derecha moral un constante de la Confederación Nacional del Trabajo de España, de cuyo organismo puede considerarse uno de sus fundadores.*

*Durante largo tiempo colaboró en las páginas del diario barcelonés «Solidaridad Obrera», en las cuales popularizó su seudónimo de «Anteo». Y es que, en realidad, el enfermizo Sagarra se sentía renacer al pisar terreno de ideas...*

*En homenaje al amigo, al poeta, al compañero inteligente y constante, publicamos este artículo que el indicado escribió en 1937, o sea en unos momentos en que la responsabilidad histórica exigía de nosotros, líricos de la buena nueva, soluciones positivas.*

## LOS PROBLEMAS DEL MOMENTO

**E**L momento revolucionario que vive nuestro pueblo nos plantea con brutalidad, con apremio inaplazable, el problema de la puesta en marcha de nuestras concepciones económicas y sociales defendidas por la C.N.T. a través de su actuación en el batallar continuo en pro de la emancipación del proletariado. En los centros industriales, el proletariado, acostumbrado por la naturaleza del trabajo colectivo entre las grandes aglomeraciones de las fábricas, talleres, minas, transportes, etcétera, a la vida de asociación de esfuerzos, será muy fácil la organización de la nueva economía socialista, puesto que la función creadora de riqueza ya está montada sobre bases de coordinación de esfuerzos y de mutua dependencia entre las diversas secciones y especializaciones de una misma factoría; pero en el campo, no se presenta con la misma facilidad esta coordinación de esfuerzos.

En el campo se presta el desarrollo del trabajo individual. El arrendatario, el aparcerero, el pequeño propietario, en su afán de librarse de la esclavitud

a que le somete el gran propietario, hace titánicos esfuerzos para llegar a adquirir la tierra que lleva en arriendo o aparcería. Lograda esta aspiración de su vida, trabajará incansablemente para satisfacer las cargas fiscales y los débitos usurarios. De ahí que no nos puede extrañar ese apego loco, irreflexivo del campesino por la posesión de la tierra, de su tierra. Ella forma parte de su ser, porque ella representa, bien que mal, más mal que bien, la seguridad suya y la de los suyos, esta seguridad tan pobre, tan miserable, tan semejante al hambre endémica como es la vida de nuestros campesinos. De aquí que siempre será remiso a aceptar innovaciones económicas y sociales, si éstas pueden tocar de cerca o de lejos su posesión de la tierra que cultiva.

Y hemos de aceptar este hecho como consecuencia del régimen capitalista, y no como equivocadamente quieren darnos a entender ciertas gentes de la ciudad, como si fuera hijo del peculiar carácter egoísta del campesino. El campesino, como el obrero de la ciudad, es hijo del ambiente y de las leyes económicas que encadenan su vida al trabajo. El campesino no está cerrado a cal y canto a cualquier innovación social, económica y política, ni mucho menos; lo que quiere, lo que necesita, es que estas innovaciones sean de tal naturaleza y entidad que el campesino vea con claridad que responden a sus propósitos de manumisión económica y social. Si el campesino llega a comprender que nuestros propósitos de ordenación de un nuevo orden, en que no sea posible la holgazanería de unos cuantos, sostenida por el trabajo de las masas campesinas, entonces, no lo dudéis, el campesino se encontrará a la vanguardia en la lucha contra el mundo de oprobios que empezó a derrumbarse el día 19 de julio de 1936.

Una prueba la tenemos en el hecho de que, durante estos últimos meses, en la mayor parte de los pueblos de Cataluña y sin coacción de nadie, los campesinos de la Confederación han creado una tupida red de colectividades agrícolas, a las cuales, junto con las tierras incautadas, han aportado sus pequeños predios, sus herramientas, sus animales de labor y aun sus pequeños ahorros quien los tenía. Y es que el campesino se ha dado cuenta que, todo y creyendo que la posesión de la tierra en el régimen capitalista era una garantía a su existencia, en modo alguno podía ser una solución definitiva a su afán de libertad y de justicia social, acariciado por él a través de su diario sufrir y trabajar. Por eso, hoy, que ha visto la posibilidad de acercarse a su total manumisión, no ha vacilado en dar este paso y ha entregado a la Colectividad todo cuanto antes había adquirido con tanto esfuerzo y con tanto dolor.

## COLECTIVIZACION EN EL CAMPO CATALAN

El movimiento de colectivización en Cataluña es algo sorprendente, magnífico. Su tónica es el esfuerzo en el trabajo, su austeridad en la retribución.



ción, su pulcritud administrativa. Hay Colectividades donde la retribución semanal, este año de malas cosechas, es de 25, 30 y 35 pesetas por familia. En casi todas las Colectividades se ha tratado de armonizar el esfuerzo del trabajo con las necesidades familiares, intentando realizar el principio comunista a cada uno según sus necesidades. Y en todas ellas se practica el más amplio principio de apoyo mutuo. Pero todas estas aspiraciones al bienestar y a la justicia social han nacido espontáneamente, sin control, por exceso de vitalidad constructiva y manumisora. Pero no hay bastante con esto; hay que hacer más, hay que encauzar esta corriente de realizaciones colectivas esporádicas para sacar el máximo beneficio de las mismas y evitar que dicha espontaneidad pueda ser un obstáculo a su desarrollo normal y constructivo.

### COLECTIVIZACION TOTAL DEL MUNICIPIO

Porque el momento que vivimos no es el más a propósito para los ensayos fragmentarios sobre socialización en el campo. Si así se hiciera, caeríamos en un cantonalismo caótico, suicida, que es lo que hay que evitar a toda costa. Se ha hablado quizá demasiado, del respeto a las características comarcales y locales. Esto, tratándose de la economía socialista, es más bien un contrasentido. Las leyes de la economía burguesa regían uniformemente a todo el país. Había diferentes aspectos de la propiedad; pero en el fondo era la misma injusticia, el que unos pocos vivieran del esfuerzo de la masa trabajadora. Pues bien, el nuevo orden social, para tener un fácil y rápido afianzamiento, necesita de un plan general de la vida económica y social que tratamos de establecer, con líneas claras, sobrias, comprensibles y viables, donde la idea matriz sea el bienestar familiar armonizado con la libertad del hombre y el esfuerzo del mismo.

A nuestro entender debería propugnarse la colectivización total de los Municipios. Cada Municipio rural debería considerarse como un todo orgánico, como si sus diferentes calidades de tierras y cultivos formaran parte integrante de la gran Colectividad local, como los diferentes talleres de una explotación industrial. Si ahora es posible la creación de las pequeñas colectividades rurales, que en algunos pueblos abarca más de la mitad del Término municipal, bien puede aspirarse a la total colectivización municipal de que hablamos. El Sindicato local, previa consulta con técnicos y expertos, dividiría el Término en tantas fracciones como aconsejaran las conveniencias de los cultivos, calidad de tierras y demás aspectos de explotación agraria. Cada fracción de Término (lo que en muchos pueblos catalanes llamamos partida) sería cultivado por un grupo de campesinos con los animales de labor y maquinaria necesarios para su buena labor. Cada fracción (partida) podría tener su granja para cría de animales de corral: gallinas, conejos, cerdos, y cuadra para los animales de labor; lo que contribuiría a la formación de abonos orgánicos tan necesarios para intensificar y mejorar los cultivos. Podrían montarse granjas especiales de avicultura y cunicultura y especializaciones agrícolas como el cultivo de hortalizas y frutales. Podrían intensificarse y mejorarse los riegos, no encontrando los obstáculos que siempre opone la propiedad individual. Asimismo se podrían elaborar los vinos y aceites con las máximas garantías analógicas, como hacer la molturación de los granos para pienso y todo cuanto encierra

la explotación de la tierra de una manera racional

### FUNCIONES SINDICALES

El Sindicato local, haciendo el balance de la producción de todo el Término Municipal, reservaría para el consumo local cuantas cantidades de los diferentes productos fueran necesarias, destinando los sobrantes para la explotación y hacer los cambios con otros productos industriales y agrícolas de otras comarcas y países que no se produzcan en el pueblo y que sean necesarios para su sostenimiento, haciendo entrega de todo a la Sección de Distribución (que haría la función que ahora hacen las Cooperativas de Consumo), la cual sería la encargada de servir los productos a la población, según necesidades familiares fácilmente comprobables. Desde luego, se organizarían los servicios de Sanidad y Asistencia Social, como asimismo los de enseñanza y deportes y todas cuantas actividades de orden social dan nacimiento a la vida del hombre y de la sociedad. Anejos a las actividades del trabajo del campo habría, formando parte del mismo, las pequeñas industrias rurales indispensables a toda la población, por pequeña que sea, tales como herrero, carpintero, albañil, guarnicionero, zapatero, sastre, panadero y cuantos oficios se crean indispensables para el desarrollo de una colectividad humana.

En fin, de hecho, al Sindicato, entidad de trabajo y distribución del mismo y dada la obligatoriedad del trabajo a todo ser útil, pertenecerían toda la población desde la edad inicial de empezar a trabajar. De hecho, pues, el Sindicato haría todas las funciones de orden social que actualmente debe hacer el Municipio y que muchas veces olvida hacer, dando así un giro radical a los fundamentos de la sociedad, pasando la hegemonía de todas sus actividades económicas y sociales a los Sindicatos, organismos responsables del desarrollo de la producción de todo lo útil y, por lo mismo, con derecho indiscutible a señalar las normas por las cuales ha de ser administrada esta riqueza y señalar también las normas de relación que han de mantener sus componentes los productores, y en el caso que nos ocupa, la población rural.

### FEDERACION COMARCAL

Todas estas relaciones de trabajo, de estadística de producción y distribución local, han de ser ampliadas en el plano comarcal, regional y nacional. Los pueblos de una misma Comarca informarán al Comité comarcal de la producción sobrante local, y así este Comité, sabiendo las necesidades de los pueblos y los sobrantes de producción de los mismos, haciendo de Comité de enlace, haría una distribución de los productos, intercambiando con otras comarcas, por medio del Comité regional, aquellos productos industriales y agrícolas que haya menester. Así, con este simple rodaje de organismos responsables, podría asegurarse la producción y distribución de todo cuanto es necesario para el sostenimiento y desarrollo de una vida civilizada y humana.

### PREDIOS FAMILIARES

Quedan todavía aspectos muy interesantes que señalar, pues la vida del hombre es de una complejidad tal, que hay que ir con cierto tien-



to para no conquistarnos su malquerencia. Por ejemplo, en el campo, especialmente las mujeres, por carecer de trabajos industriales propios para su peculiar naturaleza, tendrán muchas horas disponibles que podrían ser un estímulo y un pequeño ingreso familiar. A nuestro entender, el trabajo colectivo sería como la fuente normal de producción, y por lo tanto, de ingresos familiares, y es sobre estos ingresos que hay que construir el nuevo orden social y económico; pero para dar satisfacción a esta inclinación del hombre a poseer algo y para dar lugar al desarrollo de lo que se ha dado en llamar iniciativa individual, se podría ofrecer a todas las familias lugareñas pequeña parcela, insignificante en cuanto a su extensión, para tener árboles frutales y verduras, criar conejos y gallinas, de todo lo cual podrían cuidarse las mujeres y los hombres que lo desearan en sus ratos

libres del trabajo colectivo, como ya sucede hoy con no pocos obreros de las ciudades con los diminutos huertos que rodean las zonas industriales.

Sea éste el plan de organización socialista del campo o sea otro, es imprescindible que se vaya al estudio cuanto antes de un plan general que funda en una todas las diferentes modalidades de trabajo colectivo puestas actualmente en marcha, si no queremos que el cantonalismo ahogue en flor este nuevo orden social naciente, y nosotros, militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, opinamos que este nuevo orden debe fundamentarse en los Sindicatos de industria y ramos de producción, y en el campo, ha de ser sobre el Sindicato de Campesinos, ejerciendo éste sobre el trabajo de la tierra jurisdicción indiscutible.

Pedro SEGARRA.

# «RAIMUNDO LULIO»

## PRIMER ORACULO DE LA POLITICA DEL BUEN VECINO

*El mundo no es un potrero,  
sino una casa de vecindad.*

### EL GRAN ARQUITECTO DE LA «ARS MAGNA»

COMO todo el mundo sabe, la *Ars Magna* es la enciclopedia o suma filosófico-teológica o castillo sapiencial del siglo XIII. De esa fábrica intelectual poderosa trazó los planos y levantó las arcadas Raimundo Lulio.

El bohemio o *globe-trotter* mallorquín fué uno de los ases de la Mística medioeval. Era filósofo, teólogo, naturalista, médico, orientalista, mago. Conducía de frente, en una palabra, todas las ciencias de su tiempo. Hablaba y escribía el árabe y el latín, con la misma soltura que el castellano y el catalán. Predicaba con facundia y solercia tan grandes, que se llamó el doctor Iluminado. Viajero empedernido, recorrió Francia, Italia y Marruecos; hizo varias veces la travesía del Mediterráneo, y se internó en el Asia y el Africa centrales, penetrando hasta Etiopía y hasta Tartaria. Tuvo una juventud tan verde, y revolucionó tantas faldas y aventó tantos moños como San Agustín. Los que lo alcanzaron, lo pintan fardado con el pardo sayal de Asís y con una traza frailuna y bandolera que atufa. En el pórtico de sus obras aparece en hábito peregrino, con un garrote de dos metros de alto—su pluma—, una calva como la Era del Mico y una barba como un tapabocas, al abrigo de la cual podía muy bien dormir al raso y arroparse con sus dobles como con una manta. Cuentan que de chico o de mozo hizo de San Isidro y de gañán, y cuando trabajaba en el surco, con una mano empuñaba la esteva o regía el arado y en la otra tremolaba el Organón aristotélico o una gramática griega o hebrea. ¡Estudiante y labrador! ¡Qué doble perfil para una medalla! Ya machucho, se di-

rigía montado en un asnillo—doctorado, a lo mejor—y llevando a ratos el burro a cuestras, creo que al Concilio de Lyon. Se encontró en el camino con otro santo chalado de su misma calaña. Estuvieron hablando largo y tendido «de propaganda fide», de la evangelización de la gentilidad, de la corrupción pontificia y la superstición feligresa y de la renovación del género humano con una segunda venida de Cristo. Cuando en fundamental desacuerdo se separaron los dos controversistas, despidieron así: ¡Vale, doctor phantastice! dijo el uno. Hiperjaire o Cura ut valeas, doctor phantasticissime! respondió el otro.

### MAESTRO RAMON

La coruscante y refulgente personalidad del maestro Ramón tiene otra faceta expectable y otro ángulo desde el cual es interesante mirarlo.

Raimundo Lulio es el primer gran escritor europeo, que redacta obras de universal influjo en lengua romance. Precede en ese particular a Dante Alighieri. En Lulio, en Ausias March y en los trovadores alcanza el catalán una madurez que no tenían a la sazón el castellano y el italiano, ni ninguna otra lengua de Europa.

De esa precedencia histórica, deduce el catalanismo polémico consecuencias políticas de relativo valor.

Gran catalán de las islas, no por eso dejó Raimundo Lulio de ser un español integral y un iberrazo de cuerpo entero. El magnífico catalán insular es un caballero andante de cogulla y cordón y un asaltante de molinos de viento en toda la línea.

A muchos catalanes, abjurantes de su hispani-



dad, les ocurre eso mismo, que son manchegos cien por cien sin enterarse.

La interpretación escultórica más irreprochable de Castilla, conocida hasta hoy, es la de Julio Antonio, tarraconense como el castillo de Pilatos, para servirles.

Y la persecución de las raíces de nuestra genuinidad musical y los logros más felices de su rítmica—Iberia, Goyescas, Doña Francisquita—se deben a Albéniz, Granados y Vives.

Conclusión chocante, pero que no hay quien mueva: lo más español que hay en España, es Cataluña.

#### QUIMICA POLITICO-MORAL

No menos sabio que Salomón, escribió, como éste, nuestro enciclopedista de Mallorca su libro de los **Mil Proverbios**. En esta obra se teorizó por primera vez y en forma inimitable y en estilo sávido y sapiente sobre la política del buen vecino. Franklin Delano Roosevelt ha descubierto, por tanto, unas Baleares que hacía mil y pico de años que fueron inventadas. Con un gracejo que al aventurero de Cristo le rezuma de todos los poros del cuerpo y que contrasta con la **asaúra** de sus modernos mimetizadores, va atando los cabos de su sistema político-social. «Quien tiene mal vecino, trabajo tiene», dice en una parte. Y si no, ahí están Francia y Bélgica, Holanda y Dinamarca, Checoslovaquia y Servia, para hacerlo bueno. «Que tu perro no muerda al de tu vecino» añade un poco más abajo el maestro Ramón. ¿No parece eso escrito para el ejército alemán, para el japonés, para el italiano y para cuantas jaurías amaestraron los domadores de circo para la agresión; para los Estados carniceros, dedicados a la cría intensiva de guardias y milicos y bandas perturbadoras de fronteras? «Ayúdame de tu buen vecino contra el malo» aconseja, finalmente, el autor de **Blanquerna**, anticipándose a la política de alianzas, de la Sociedad de Naciones y de otros ceratos compuestos o simples, que se pretenden jocosamente recién paridos y acabados de acuñar. En suma, nuestro maravilloso vi-

dente se había ya definido el mundo como un vecindario y prescribía las recetas que le parecían más conducentes para mantener en el patio la paz.

#### CONTRASTACION DEL SISTEMA

Eso del mundanal vecindaje, aun tan bien redondeado y colocada tan magistralmente la piedra en el blanco por el hondero balear, tiene algunos pros y no pocos contras. Puede autorizar, por ejemplo, el dicharacho del vulgo, que afirma que la gallina de encima se ensucia en la de debajo, y corruptelas y comodines como el de que el pez grande se come al chico. Vecinos son dos ladrillos en una misma pared, dos baldosas en un mismo enlosado, y la buena armonía entre esos inanimados existente no puede considerarse un ideal para los hombres. En plan de pedir a la filosofía, aunque sea de zapatero de portal, normas para el régimen de nuestra actual conducta, no creo que fuera un problema de muchos números suministrarlas más operantes. Sobre todo, para los zahories que cuentan los pelos a un gato y que han registrado en nuestros días con la mirada los últimos recovecos en que el privilegio ocultaba las charadas de sus dogmas intangibles. Una fuera actuar de dioses y aprestarnos a rehacer el mundo—tan desquiciado—, o disponernos a que nos recen la recomendación del alma. Y si, a pesar de todo, nos aferramos a las fórmulas sabias, el rabino helenizado Filón, nos ofrece, a falta de aperitivo de más crédito, un principio bastante aceptable del fin de nuestras cuitas, con su **apokatástasis** o restitución de cada cosa a su lugar. Para hacer boca, me atrevo a sugerir que no estaría mal del todo esa reinstalación de desplazados en las sedes de que se les desahuciara; del refugiado en el hogar de que se le desahuciara; del soldado en el taller o en el terruño de que arrancó Marte, para convertirlo en asesino; y de los promotores de guerras de toda laya en el cadalso, para hacerles efectivo el inalienable derecho a la horca, que es su única propiedad legítima conocida y reconocida.

Angel SAMBLANCAT.





# DESDE AMERICA

## EL DRAMA DEL HOMBRE Y DE SU LITERATURA



En relación de ideas, un movimiento de enorme pujanza se inicia del otro lado del mar. Al calor de las nuevas corrientes es esta vez en tierras lejanas de América donde los discípulos del viejo humanismo europeo actúan con libre independencia, herederos de las civilizaciones autóctonas, identificados con los principios morales eternos. La cultura humanística había logrado extenderse y fructificar en suelo virgen siguiendo las rutas de la civilización. Una promesa, por el ímpetu vigoroso que recibieran de la revolución con ardor de independencia, fué malograda por los hechos trágicos que volcaron esa actividad artística en el gran conflicto de los últimos años. Habiendo experimentado en propia carne las consecuencias de la primera guerra, en contacto con los combatientes europeos, habían comprendido la necesidad de reivindicar la memoria y el martirio de sus padres y hermanos. Obedeciendo a ese imperativo común, comprendieron que únicamente por el esfuerzo creador pueden los pueblos sobrevivir y alcanzar la eternidad. Y por contacto con los secretos de la belleza y del arte descubrieron la verdad y los fundamentos de la libertad que sus abuelos dejaron jurídicamente grabados en las páginas de sus pueblos.

Así han surgido a la actuación figuras de tanto relieve como Rómulo Gallegos, Waldo Frank, Ricardo Güiraldes, Upton Sinclair, Mariano Azuela, John Steinbeck, José Carlos Mariátegui, Mac Leist, Baldomero Sanín Cano, Sinclair Lewis, delante de toda la generación de animadores americanos que habían vislumbrado un mundo futuro para el disfrute y la satisfacción del trabajo liberado. Tanto en literatura como en pintura y arquitectura, los habitantes de los páramos y las cordilleras asistían al milagro de la resurrección del espíritu por obra de cultura, que había inundado a raudales la feracidad intelectual, aportando al acervo del universo los valores arrancados a la tradición, volcando en esa labor artística las pasiones y emociones más caras al corazón.

El drama de un pueblo termina consternando a toda una colectividad. Confundidos en el dolor, el hombre americano comprendió en sus alcances las proyecciones de la contienda en igual medida que la necesidad de arbitrar recursos para impulsar los destinos de la civilización humana, en contraposición con el materialismo frío y egoísta de los tiempos en que la tristeza puso negro crespón sobre las conciencias. Prescindiendo de los viejos cánones, contrapuso, en una obra de arte que volcó en el torrente intelectual de las comunidades más exigentes en materia artística, los principios inalterables de la condición estética. No obstante, invadido el continente por la violencia de los acontecimientos, propagados por agentes de aluvión, la creación del genio ha sido crudamente martirizada. La realidad palpable en otros países más allá del océano ha ejercido una presión gradual-

mente similar. Y los hombres que del arte habían hecho un culto fueron sometidos al rigor de la ley, inflexible en cuanto a los preceptos de la moral, porque todo producto de la inteligencia invariablemente conduce a ese destino. El desarrollo intelectual experimentó las consecuencias del atavismo histórico. Fuerzas primitivas que permanecían agazapadas entre las malezas del instinto animal, surgieron en acción amenazante y belicosa. Haciendo abstracción de cuanto implica un respeto a los valores de la conciencia, no resultó difícil aplastarlos, trabando su libre desenvolvimiento. Abiertas así las venas del cuerpo social, la cultura fenece lentamente, en detrimento de la riqueza intelectual y la gloria de los pueblos y los hombres.

El cataclismo adquirió contornos universales. De un lado dictaduras bramantes que, abjurando de cuanto hay de eterno en las civilizaciones que nos precedieron, por estimarlo fuera de época y del tiempo en que el ser humano es traído en elemento mecánico, impone la condición de crear una obra de arte sometida a normas y regímenes. Lo que se aparte de ese imperativo es lapidado con ferocidad salvaje. El razonamiento de que la obra de cultura es producto de épocas, pero tiene aplicación en cualquiera de ellas con tal de que su fondo presente los rasgos fundamentales de la perfección, es un absurdo y, como tal, despreciable. De otro lado, aunque menos virulenta, la acción se dirige por conductos de convencionalismos distintos que la política militante encauza hacia clases y preconceptos. Y lo que debería responder en absoluto a simples reglas de arte, evoluciona tristemente en dirección contraria. Sólo así se explica que una civilización con tan pesada carga intelectual como arrastra su historia milenaria a través de los tiempos, desmoronase en creaciones banales que inundan el consenso del hombre moderno, despreocupado desde entonces tanto por sus asuntos personales, incluso su indumentaria espiritual, como por los de su ciudad o aldea y los de su propio lugar en la naturaleza.

La regla no tiene aquí excepciones puesto que guarda estrecha relación de continuidad en cualquier esfera del mundo social. Los documentos conocidos de uno y otro extremo de la tierra, hoy dividida en dos zonas de influencia, adolecen de los mismos defectos, según el punto en que se ubiquen. Desterrada la literatura como arte de función social y moral, prolifera una creación periodística de corte polifaco, cuya aventura es la misma de siempre, con los argumentos más desastrosos y procaces. Existiendo un plan preconcebido de alimentar las mentalidades pobres para que no se deriven hacia los sanos preceptos del altruismo, que automáticamente provocan un estado individual de independencia, los tiempos modernos alimentan con tal levadura los bajos sentimientos morales. Es indudable que no puede hablarse con respeto de una obra de arte ni algo parecido, pero sí implica un retroceso en el curso normal de los tiempos, que conduce a la presente generación por los



mismos pasos del primitivismo ancestral, como de regreso a las cavernas.

El hombre sensato no puede ver con pasividad este avance de la barbarie escalofriante, sin pensar que hasta el don de la palabra se menosprecia y la luz de la inteligencia se apaga para resucitar el grito ululante de las fieras en la profunda noche del oscurantismo. Tres libros aparecidos después de la última catástrofe, ponen duda sobre la conciencia humana. «La Hora Veintiocho», «El Cero y el Infinito» y «El Mundo de los Acusados», son una real y cabal interpretación de la inmensa tragedia de nuestro siglo dolorido. Si el alma del individuo careciera de otros recursos, poderosos por fortuna, como para enfrentar el caos y sobreponerse a reparo de la tormenta, habríamos pensado en un suicidio apocalíptico al que fatalmente se inclina nuestra organización racional. Tanto Ghiorgiu, como Arthur Koestler y Walter Jens, nos presentan ese mundo irreal por lo verídico, fanático por lo doloroso, falaz por la crudeza de las acciones, mentiroso porque parece increíble que el hombre haya tenido que descender a tal punto y porque tal sea su resistencia física y moral para soportar tamaño martirio, sin una causa ni principio que compense ni remotamente tales sacrificios.

El ideal cristiano ofreció por boca de sus evangelistas la salvación de los pecadores. Quien hiciera acto de contrición podía lavar su alma siguiendo la nueva doctrina. Había allí una esperanza de salvación, y está visto que la débil criatura aspira a interpretar su conciencia y convertirla en su aliada, al confiarle sus secretos más íntimos. Habría en ese ideal de superación motivos harto valerosos para ofender la vida en martirio. Mas en nuestros días, el aborrecible materialismo enarbolado como falso ideal sigue en derrota delante del individuo. Por obra de un determinismo egoísta, al que ciegamente obedece, después de negar los valores históricos, arrasa con los restos normales de la personalidad para cargarla de cadenas. En cualquiera de ambos campos de la lucha, las características de ese destino crudelísimo son idénticas, pues que todo consiente en ubicar los factores, en una u otra posición, según el punto geográfico en que se encuentren. El martirio se exige de diferentes modos, pero obedeciendo al único denominador común de someterse a la inflexibilidad de las disposiciones o a la crucifixión, tributo que el raciocinio debe pagar por el delito de imaginarse un mundo mejor para el porvenir.

La cultura se encuentra asediada por dos ejércitos enemigos que la atacan desde extremos opuestos, y no para su salvación, sino para su destrucción. Ambas fuerzas se complementan, pues que están determinadas a un mismo fin. Los colores de sus banderas son distintos, pero su acción está unificada y perfectamente planificada de mutuo acuerdo. Políticamente no está lejano el día en que lleguen a confundirse y fusionarse, porque tal es el destino de dos enemigos poderosos que, midiendo sus fuerzas, antes que aniquilarse, optan por una transacción comercial para repartirse amigablemente el botín. Desarmado y entre dos fuegos, el genio creador tiene que resistir las embestidas y soportar a pie firme, con todo el altruismo y valor ecuménico que cumplidamente lo está haciendo, el avance victorioso de los bárbaros. Su única resistencia descansa en la imaginación, en el juego multiforme de las especulaciones, factores con que el enemigo no tiene capacidad para medir ni juzgar. En esa cualidad, que representa el dominio del conocimiento espiritual y la libertad de remontarse desde lo más íntimo de los sentimientos hasta el lejano empyreo, de modelar la conciencia e infundirle nueva vida para admiración de la posteridad, está su victoria y su triunfo, sin sangre y sin muertes.

«El Cero y el Infinito» y «La Hora Veintiocho» son los dos documentos más trágicos de esta civilización que redujo a coro al individuo. Es decir, a uno menos uno, equivalente a nada, a lo que no existe. Porque desprovisto de cuerpo y

de alma actúa como máquina, huido ya del dolor, sin que interese el día o la noche, si procede bien o mal, si adora o mata. Rotos los resortes del control sensitivo, los personajes son elementos arrancados de ultratumba, movidos por acciones mecánicas que obedecen a las fuerzas del enemigo. Sus cuerpos, despojo de lo que fueron, ya no les pertenecen, ni la tierra que pisan, el oxígeno, el sentir ni el mirar. Pero son dos realidades lacerantes, alucinadas, atrocemente escalofriantes, símbolos de una época despreciable por su crueldad, en que hasta el tiempo conspira contra la carne gimiendo. Arrancados del estado social, cuyos estratos representan, su conducta destructiva va cavando la sepultura de los hombres y de las instituciones.

Como tales, esas obras son los embajadores de la angustiosa pesadumbre del ciudadano modesto, que no toma partido en las contiendas y, por lo tanto, víctima propiciatoria elegida para el sacrificio. La sociedad moderna se alimenta de carne muerta. Si no encuentra víctimas para sus orgías por los rasgos combativos que presenten—que le proporcionen motivos realistas para el espectáculo, como lo hicieron con el nazareno—las tomarán del montón anónimo, exista motivo o no para la inmolación. El caso es arrojar carne a las fieras, para alimentar el morbo del bajo instinto animal. Esos dos libros, cada uno en su lugar de residencia, simbolizan nuestro mundo presente con todos sus horrores y tormentos. Mas no es de este cuadro de horrores donde el hombre puede cifrar el porvenir. La obra, no por plástica puede ser constructiva. Nuestro mañana tendrá que hacer un gran esfuerzo de voluntad para olvidar, para cerrar las páginas de la historia de tanto padecimiento y utilizar otros materiales más eficientes para construir el nuevo arte, recurrir a otros expedientes imaginativos, porque la misma representación del hombre vuelto al revés no logra volverlo a la realidad humana.

La inmensidad de contornos de la tragedia no arrancó otras páginas tan dramáticas. El tema es amplio y presenta multitud de facetas visto desde cualquier ángulo de la tierra. El desastre moral, cuyas responsabilidades alcanzan a toda la sociedad, degeneró en descenso vertical hasta al relajo, asociado con el crimen horrendo, como lo constituye la sustracción del cuerpo y del alma utilizados con fines inconfesables, ajenos a la voluntad y control de los sentidos. La explotación despiadada en nombre de ideologías salvajes que levantan a los vientos banderas ensangrentadas y monumentos a la impudicia y a la mentira. El triunfo del cobarde que convierte el egoísmo en virtud y la pérdida total de su yo, con todo el sufrimiento, presenta motivos épicos para construir la futura obra de arte, tarea a la que corresponde abocarse sin demora para redimir al individuo antes que las horas descendan lentamente sobre la armadura de la existencia, envolviéndonos en la oscuridad de la noche, donde la luz no resplandece y los ojos se cierran, cansado el cerebro y rotos de fatiga, para no abrirse jamás.

Tamaño desventura apenas si logró hasta aquí estremecer de espanto la corteza de la comunidad social. El arte, y la literatura huyen, despavoridos, y recorren la tierra cubierta de cadáveres, de ríos de sangre y llantos. Por ello, hasta aquí no arrancó al sentimiento otras emociones más edificantes. Apenas si una filosofía de feria conocida como existencialista, que explota un sistema especulativo de moda, araña apenas la piel del problema, sin enfrentarlo y menos con propósitos de solucionarlo. Golpea a las puertas de todos los vecinos, cuyas casas arden, sin atreverse a prestarles el menor auxilio. Su propósito reside en el espectáculo, cual si la humanidad estuviera presenciando una escena de circo en el que inevitablemente cada uno de los espectadores, va siendo, con regocijo, devorado por las fieras.

CAMPIO CARPIO



# Una sociedad deshumanizada



**L**O más nocivo de nuestra época radica en que el hombre, en su conjunto, es considerado como un elemento secundario, como una masa inerte y no como algo sustantivo y principal. Parece fundamental que en una sociedad bien organizada, todos los elementos naturales estén al servicio del hombre con el fin humano de satisfacer sus necesidades y de hacerle agradable su existencia; parece obligado que una estructura social justa, debiera partir del principio de que todo lo existente y lo creado por el esfuerzo del hombre estuviera a su alcance. Es decir, que más allá del convencionalismo económico y de la rapacidad estatuida, el hombre tuviera asegurado el derecho a la subsistencia, al hogar, a la escuela, al arte, a la literatura, a cuanto le hiciera más fuerte físicamente y mejor dotado en un sentido intelectual.

Pero la realidad es muy otra. ¿Cuántos millones de seres quedan exceptuados de poder satisfacer las más elementales necesidades? ¿Por qué el hombre no puede disponer de los elementos esenciales para vivir? Sólo la escasez justificaría las privaciones existentes. Pero, el hecho de que exista abundancia y miseria a la vez, es la condenación más rotunda del régimen que comete tal indignidad. Es la demostración de que la organización social en curso funciona en perfecta contradicción con las necesidades y deseos humanos. Es la evidencia de que el engranaje del Estado sólo considera a las minorías bien situadas, reservándoles privilegios y beneficios, mientras que para las multitudes se convierte en su carcelero y verdugo. De ahí que sea una tontería creer que el Estado ejerce una función tutelar y protectora de la sociedad. El Estado es la expresión de las castas dominantes, del capitalismo en las democracias burguesas y del aparato burocrático en los países totalitarios, siendo un fiel servidor de quienes lo detentan. El Estado no puede actuar jamás contra la clase que representa. Si hace alguna concesión a los impugnadores de aquella clase, es a la fuerza y para evitarse males mayores. El Estado es perfectamente amoral. No tiene otra ética que la de salvaguardar los intereses de quienes lo sostienen. Por eso nada le importa el hombre en sí ni las finalidades justas y humanas. Por eso sacrifica al hombre en aras de los beneficios que obtienen las minorías que gozan de su protección y que están intimamente vinculadas en su sostén. Es decir, hay que considerar al capitalista como el entronque principal del Estado, al que utiliza exclusivamente para que le salve sus intereses. Lo demás, nada le importa, pues si sintiera tal preocupación dejaría de ser capitalista.

Esta es una actitud irrevocable que está más allá de los sentimientos individuales. El régimen capitalista no puede sentir tales reparos. Su ley es la competencia, que implica explotación y deshumanización.

Si el negocio está en la guerra, en un envenenamiento público, en el caso más inmoral y sucio que puede existir, no por eso hay que renunciar a él, puesto que la sola duda puede representar que otro se anticipe y que malogre los beneficios que pueden obtenerse. De ahí el éxito de los más audaces y de los más cínicos. Aquí no tiene entrada el humanismo ni nada que se le parezca. El régimen capitalista siente una singular indiferencia por el hombre. Este sólo está considerado como fuerza productora, y si la máquina rinde más, se le desplaza sin la menor contemplación. El hombre en sí no interesa. Por eso su personalidad es inmolada a los convencionalismos establecidos, es sacrificada ante los mitos, sortilegios y fantasmas que preside el orden social vigente. Los valores representativos son: el Estado, la religión, la propiedad, el afán de riqueza... Estas deidades son las rectoras del género humano y éste su esclavo.

La demostración es que cuanto existe entre mar, tierra y espacio es objeto de especulación y de explotación. Los dones de la Naturaleza igual que lo creado por el esfuerzo humano, están explotados, no para la utilidad y beneficio del hombre, sino por interés exclusivo de unos cuantos privilegiados. En la sociedad capitalista todo tiene precio. El hombre tiene que pagar para tener a su alcance un poco de agua, de aire, de sol o de tierra. Si no tiene lo que se llama capacidad adquisitiva, no tendrá hogar, ropas, alimentos ni nada. Resultado: que el derecho indiscutible a la vida que todo ser debería tener garantizado por el solo hecho de haber nacido, queda pospuesto y supeditado a la posición económica, determinando este hecho la vida o la muerte de millones de seres.

Este es el resultado normal que puede obtenerse al valorizar inusualmente al factor dinero y elevarlo a la categoría de símbolo indiscutible. La pugna para lograrlo adquiere proporciones de violencia extraordinaria, convirtiéndose en el verdadero objetivo del hombre en demérito de su inteligencia, de su bondad, de sus aptitudes y de sus buenas condiciones. Si el dinero es el eje de la vida social, si sin él nada se logra, se comprende el desborde de pasiones y de apetitos para lograr su conquista. Pero, esta lucha irrefrenable, consecuencia de la moral capitalista, lleva aparejada un desplazamiento de las facultades superiores de individuo, que en lugar de buscar su perfección moral y física se lanza a la vorágine, de no importa el tráfico con tal de lograr el objetivo de posesión perseguido, desvirtuando y corrompiendo la función que el hombre debería realizar en su paso por la tierra.

Este frenesí de posesión es el que contamina a toda la sociedad. El relieve e importancia en la vida social radica, primordialmente, en la cantidad adquirida. De ahí arranca el absurdo que preside los destinos del régimen capitalista. Puede decirse que el valor representativo y la capacidad adquisitiva del individuo está en relación con el mínimo esfuerzo que realiza. La clase más laboriosa es la



que sufre mayores privaciones, mientras que los grandes parásitos son los verdaderos dominadores. Así nos encontramos que los valores representativos del orden social vigente están virtualmente encarnados por lo más negativo que posee el ser humano: egoísmo y rapacidad. El instinto voraz es el eje fundamental que regula la existencia del capitalismo. El tanto tienes tanto vales, en el sentido de posesión económica, es quien preside su destino. Los llamados valores éticos, morales y espirituales, poco pesan en esta balanza. Las invocaciones a la libertad, a la democracia, a la justicia, etc., no pasan de ser atributos retóricos. Lo predominante de su régimen, es la explotación del débil por el mejor dotado, llámese individuo o nación; es la rivalidad de un grupo de traficantes contra otro. Es la lucha permanente entre los Estados, es la guerra sorda o explosiva por la posesión de mayor fortuna en lo personal o de mayores conquistas en lo que concierne al Estado. Es una lucha loca, desaforada, deshumanizada, es cuyo término, salen glorificados los más atrevidos y los más ladrones. ¿Qué tiene de extraño que el hombre sea un naufrago en un maremágnum de concupiscencia de tal naturaleza?

Mientras tanto, el hombre, esta criatura tan magnífica como desdichada, el paciente artifice de tanta riqueza, el Colón que ha explorado los horizontes marítimos, terrestres, siderales y espirituales, el hombre que ha sido criado tan amorosa y entrañablemente por su madre, el que del tipo primiti-

vo ha llegado a convertirse en el constructor del moderno avión, en el inventor de mil penicilinas, en el investigador de infinitos problemas humanos y divinos, en el creador de cuanto de bello y grande existe en este mundo que llamamos civilizado, el hombre, con toda su pequeñez y grandeza, que por razón de su propia naturaleza racional debería de ser el alfa y omega de la sociedad, el eje regulador de todo lo existente, ¿no es sublevante contemplar cómo una estructura social perversa y monstruosa lo convierte en el más desdichado de los seres?

¡Conmovedor espectáculo el de contrastar el triste destino que reservan al hombre! No precisa hacer una disección detallada de hambres y miserias, de infortunios y de privaciones, de dolores y chancras que sufre el género humano como consecuencia de la injusticia imperante. Basta y sobra para formarse un juicio despreciativo y una acción demolidora en su contra, en contrastar los efectos terribles de las monstruosas matanzas que asolan el mundo. Los millones de hombres sacrificados vilmente; las inmensas montañas de cadáveres inmolados a la especulación vil de minorías privilegiadas y a los conceptos fríos de Patria y Estado, determinan que en las clases humildes aliente un profundo rencor, una ansia infinita de destruir al este Leviatán bárbaro y homicida que se llama régimen capitalista.

Juan D'AGRAMUNT.





# DOCUMENTOS HISTORICOS

## «LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA»



**A**CABA de aparecer el segundo tomo de esta obra escrita por el compañero J. Peirats. En la lectura del primer volumen se nos había dejado en el comienzo de la Revolución como quien dice, y, aun cuando en líneas generales conocíamos el curso de los acontecimientos desarrollados en España, el tiempo que ha pasado y el hecho de que el autor nos adentrara más en los detalles de tipo internacional y en el panorama del resto de la Península, despertó mayor interés el solo anuncio de la publicación del segundo tomo.

Sea porque la C.N.T., durante el período que pasa a ocuparse Peirats en este segundo volumen, estaba más sometida al medio ambiente político-militar, o por la imposibilidad de ser mero observador de ese álgido proceso en el momento de compaginar memorias—cuando tan ligado se ha estado con la Revolución y con la guerra—, notamos algo más de laboriosidad crítica. Aparte de su aumento en la documentación—pese a los escasos recursos con que debe contarse a trece años de distancia de los acontecimientos, en situación de exilados y mareados por los rigores de persecuciones y asedios colectivos e individuales—el segundo tomo es en esencia, formato y páginas la continuidad de la obra emprendida. No diremos que en «La C.N.T. en la Revolución Española» se ha podido recoger todo el cúmulo de circunstancias políticas y factores que contribuyeron y desarrollaron los hechos históricos; sería una labor fenomenal que en las condiciones en que nos hallamos es completamente imposible completar. Si en su momento otros historiadores de la Revolución española, con más posibilidades de movimiento y tiempo consiguen aportar la documentación que falta, la obra del compañero Peirats será, como en gran parte ya lo es en la actualidad, archivo apropiado para estudiar los más salientes motivos de aquellas jornadas; para mayores empresas de ese género o meramente para guiar con el libro en la mano, quienes pierdan fácilmente la memoria, en caso de que la historia pueda repetirse.

Ahora resulta que por mera curiosidad o por confrontación de los hechos y los recuerdos personales y de organización, se nos ha despertado mayor interés en la lectura de esta magnífica obra. Sabíamos que cada uno de los militantes conservaba un rincón en su memoria de hechos y frases

importantes; era archisabido que tanto las publicaciones libertarias como algunas otras de carácter antifascista se habían ocupado en su momento y sobre el terreno de los problemas más importantes de aquella Revolución; pero hasta ahora no se había tenido la posibilidad de aglutinar unas cosas con otras para que, cuando los vendavales políticos de esas tierras de exilio terminaran con la media docena de periódicos y revistas antiguas y los veteranos que contribuyeron en aquellas gestas sociales con algo de «debácle» interna perdieran la memoria o desaparecieran cual viejos papeles o como meros mortales, pudiera contarse con una recopilación de las actividades de la C.N.T. y de las demás fuerzas, tanto afines como aliadas, en la Revolución española.

La luz que nos refleja el recuerdo de aquellos tiempos memorables y la documentación histórica del libro que se nos ofrece son requisitos indispensables, hechos vividos que recordamos con más precisión y en buena hora.

Cuando se ha llegado a la conclusión de lo que son y representan los partidos políticos—y esa es una razón de nuestra presencia en el movimiento libertario—y de los fines que la C.N.T. ha perseguido y persigue, obligadamente se ha de estar prevenido para acontecimientos adversos. Con toda su grandeza histórica y sus gestas revolucionarias, la C.N.T. no supo afrontar con la misma decisión que lo hacía contra el fascismo, al embrión de la contrarrevolución que germinó tan pronto la organización confederal y los anarquistas optaron por la colaboración política, colaboración que empieza con las alianzas, pasa por el ministerio y termina con la derrota. Lo vemos al leer el libro que comentamos, ya que con el entusiasmo, la fraternidad y buena fe que nos caracterizó, la guerra se impuso a la Revolución. Determinadas circunstancias pueden repetirse, sean de índole parecida a las de aquellos años o con otras premisas que puedan trascender a la desvirtuación de lo que queremos y a por lo que vamos. Puede servir de objetivo el deseo de derrocar al dictador español, y con todas las ventajas que simbólicamente puedan aportarse como argumento «frentista», es indudable que concurren factores, o podrían concurrir, parecidos a los que determinaron los compromisos en las relaciones políticas de guerra.

Había razones entonces, como las hay en la actualidad, para no negar confianza a ningún militante o compañero nuestro; pero el estado psicológico



gico general influenció enormemente. Había un enemigo (aun existe en la actualidad), frente a nosotros, frente al pueblo español, y mientras nos entregábamos a participar en la corriente política, el aparato de la contrarrevolución iba eliminando las primeras conquistas revolucionarias y ahogando las posibilidades de que el pueblo español triunfara sobre el fascismo.

Al rememorar, con la obra de Peirats, el proceso histórico de la C.N.T. en la Revolución española y las inquietudes que animan a excelentes compañeros en la actualidad, no podemos ignorar que una de las causas, quizá la más importante de la escisión en la C.N.T., fué precisamente por considerar unos terminado el período circunstancionalista-colaboracionista, y por suponer los menos que debíamos de continuar, ante la presencia del régimen franquista, entregados al politiquero con los demás sectores de la emigración. Se les dijo a estos que perdían el tiempo en mala hora y ese mismo tiempo nos dió la razón. Habíamos conseguido algo en la desgracia: la oportunidad de conocer el grado de interés por nuestra Revolución en el exterior y en el interior.

En la página 225 del libro en comentario leemos y copiamos: «La C.N.T. fué, en todas las etapas de la lucha española, la víctima propiciatoria de las maniobras políticas. Todos los partidos supieron urdir maniobras que visaban a minar su influencia y a destruirla...». Todos los partidos conocían que frente a todos había Franco con sus satélites; pero sabían que, en grado superlativo, la

C.N.T. se cuidaba en los frentes de que el fascismo no avanzara; mientras en la retaguardia bien cuidaban ellos de que no avanzara la Revolución.

Cabría preguntarse si es que se ha operado algún cambio radical en los sentimientos y procedimientos políticos...

Como es costumbre decir, diremos que la obra contiene poca paja y mucho grano. No hay frases literarias entrelazadas para llegar a las páginas finales sin decirnos algo substancial. Todo es vida: vida política, vida social, vida orgánica, vida del militante y, sobre todo, la vida de un pueblo. El compañero Peirats ha prestado un buen servicio a la exactitud ofreciéndonos lo que ha sabido y podido recopilar y aquellos rasgos críticos que ha sido incapaz de eludir. Conviene la lectura e interesa que pongamos algo de voluntad para que la obra siga escribiéndose. Muy bien podría estudiarse la conveniencia de que siguiera la bibliografía libertaria en ese orden histórico. Trece años de lucha contra el fascismo, tanto en el exterior como en el interior, con las múltiples actividades desarrolladas tanto culturales, de organización como conspirativas, podrían—es criterio mío—completar un par de volúmenes más.

Lo agradecerían quienes nos sucedieran en la organización y en la lucha, como nosotros agradecemos al amigo Peirats la voluntad y el interés que ha puesto, y que sabemos seguirá poniendo, para llegar al fin de su obra «La C.N.T. en la Revolución Española».

GERMEN.

En cada uno de los derechos se encuentra todo el derecho. En cada una de las libertades, toda la libertad. Así es que una libertad encierra otra libertad, y todas las libertades son la libertad una, íntegra, esencial a nuestra naturaleza. Yo comprendo que haya quien desconozca la libertad. Desde que nací, por desgracia estoy viendo ciegos en el mundo. Pero lo que no comprendo, lo que no alcanzo, es que haya quien desee las libertades políticas y no desee las libertades económicas, y a su vez no comprendo que haya quien desee las libertades económicas y no desee las libertades políticas, porque me importa poco que me pongan la argolla en el pie, en el brazo o en la

garganta, si la argolla me impide el movimiento. Libertad científica, libertad política, libertad económica: he ahí la libertad única, la libertad fundada en nuestra naturaleza, la libertad que abraza toda nuestra vida. La idea de libertad es una, la idea de los derechos es universal.

EMILIO CASTELAR

\*\*\*

El granuja se levanta temprano y se acuesta tarde. Por eso el mundo está sometido a saqueo.

ANONIMO



POETAS DE AYER Y DE HOY

## ESPAÑA MALOGRADA

o o o o o

Este hombre del casino provinciano  
que vió a Carancha recibir un día,  
tiene mustia la tez, el pelo cano,  
bajo el bigote gris, labios de hastio,  
ojos velados por melancolía;  
y una triste expresión que no es tristeza;  
sino algo más y menos: el vacío  
del mundo en la oquedad de su cabeza.

Aún luce de corinto terciopelo  
chaqueta y pantalón abotonado,  
y un cordobés color de caramelo,  
pulido y torneado.

Tres veces heredó, tres ha perdido  
al monte su caudal: dos ha enviudado.  
Sólo se anima ante el azar prohibido,  
sobre el verde tapete reclinado,  
o al evocar la tarde de un torero,  
o la suerte de un tahur, o si alguien cuenta  
la hazaña de un gallardo bandolero,  
o la proeza de un matón, sangrienta.

Bosteza de políticas banales  
dictérios al gobierno reaccionario,  
y augura que vendrán los liberales  
cual torna la cigüeña al campanario.

Un poco labrador del cielo aguarda  
y al cielo teme; alguna vez suspira,  
pensando en su olivar, y al cielo mira  
con ojo inquieto, si la lluvia tarda.

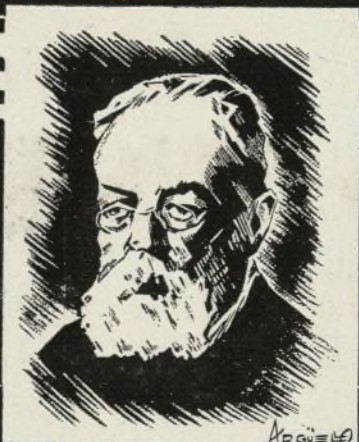
Lo demás, taciturno, hipocondríaco,  
prisionero de la Arcadia del presente,  
le aburre; sólo el humo del tabaco  
simula algunas sombras en su frente.  
Este hombre no es de ayer ni es de mañana,  
sino de nunca; de la cepa hispana  
no es el fruto maduro ni podrido,  
es una fruta vana  
de aquella España que pasó y no ha sido,  
esa que hoy tiene la cabeza cana.

Antonio MACHADO.



Anselmo Lorenzo

# EL PROLETARIADO Militante origen del Sindicalismo



Ediciones M.L.E.-C.N.T.

## EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, 250 francos.



ACABA DE APARECER

### "La C.N.T. en la Revolución Española"

por José PEIRATS

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCEOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid